

== EL PECADO OCULTO ==

PERSONAJES:: Alfredo Saldivia
Irene de Saldivia
Dorita
Martiniano Lenzina, alias Charles Fournier
Blas Nuñez
El Padre Malaquias
El Detective
Nora
El Sargento

ESCENOGRAFIA:: Patio en la casa de Alfredo Saldivia. A izquierda, la fachada del edificio; ventanas y una puerta practicable por donde entrar. A derecha, un cerco de ligustrina o bien otras enredaderas cubre la visual sobre la calle. La escenografía del foso representará un panorama de parque o jardín de la señoríal mansión. Entre los laterales y el foso habrá practicables. Por la izquierda se supone un pasillo hacia la parte posterior de la casa. Por derecha, se supone la salida a la calle. Los muebles son los siguientes: A izquierda, en primer término, habrá un sillón o mecedora; en segundo término, un mesa y dos sillas. Se entiende que se trata de muebles de exterior o jardín. A derecha, un largo banco con respaldo contra el cerco. La escena está muy bien adornada de plantas y sombreada por frondosos árboles.

~~INTRODUCCIÓN AL TEATRO~~

Antes de levantarse el telón, entra en el teatro Alfredo Saldivia y se adelanta hasta el frente de la platea desde donde se dirige al público.

ALFREDO.- Apreciados espectadores: Yo no soy el prólogo, no. Soy, simplemente, un personaje más de la comedia humana o de la pieza dramática que van a representar. Ustedes creerán que este drama ha sido inventada por la fantasía del dramaturgo que la escribió. ~~INVENTADA~~, ~~INVENTADA~~ Pero, no es así. Mas bien que un invento es la copia de un hecho acontecido... Pero, no abundemos en detalles. Vean la obra y se convencerán. Gracias por la atención.-

ACOJO PRIMEROS.

(Al levantarse el telón Irene está sentada en un sillón, en segundo término, revisa una carpeta de notas. A poco entra por la izquierda, saliendo de la casa Alfredo, abotonándose la camisa) (Es de ballena)

IRENE.- Ya te basta?

ALFREDO.- Sí.

IRENE.- Notaba bien el agua? (Mientras prosigue en su trabajo)

ALFREDO.- Bastante templada. El agua fría me exaspera los nervios, y luego tienen que aguantarme mi ónico carácter. El diario...?

IRENE.- Tomaste mate?

ALFREDO.- No. Y no he de tomar mate hasta que no se me pase la acidez. El diario...?

IRENE.- Aquí, sobre el sillón. (Se lo alcanza)

ALFREDO.- Bien. Vamos a ver que dice hoy nuestro rotativo. Ya lo leiste...?

IRENE.- (Desinteresada) No. No habrá cosas de mayor interés.

ALFREDO.- Irene, por favor...! (Media pausa) Ya se ha visto que el caso de las visiones no tiene para tí interés alguno.

IRENE.- (Con un dejo de amargura) Todo el pueblo ya se ha enloquecido con esas presuntas historias de la Virgen.

ALFREDO.- (Como herido) Y yo, también, verdad? Vaya! No nos pondremos ahora a discutir inutilmente. Repetiríamos las escenas de todos los días. (Media pausa) Vamos a ver lo que dice el diario. (Se sienta en la mecedora. Lee los títulos) Oye! Diez mil personas en la última aparición! Qué me dices...? Sin duda el cálculo es exacto. Y si no eran diez mil, poco le faltaba... Tú no estuviste?

IRENE.- Ya sabes que no voy. Fui a una y no vuelvo más allá. Con el resfriado de sol que me tomé ese día me basta para toda la temporada de apariciones. (Con un dejo de ironía)

ALFREDO.- (Algo afectado) Irene, creo que estás hablando con poca reverencia de este asunto. Ya sabes que para mí reina la más absoluta verdad en el caso de esta vidente.

IRENE.- Sin embargo, el Cura no cree.

ALFREDO.- El Cura...! El Padre Malaquías tiene un temperamento bastante liberal. (Casi enojado) Para mí no es un cura piadoso.

IRENE.- Y tú desde cuándo te has vuelto un católico práctico...? Desde hace tres meses, cuando empezaron con estas historias. Y sabes porqué las crees? Porque se dán en el ~~parque~~^{Parque} de tu estancia.

ALFREDO.- (Defendiéndose con energía) Y no te parece que así debe ser...? Allí, en el parque, mis difuntos padres levantaron esa hermosa gruta, verdadera obra de arte y preciosa joya para Villa Saldivia. Pero, no alcanzaron a colocar a la Virgen. Y ahora la Virgen se manifiesta precisamente allí para sacarme de mi indiferencia e incitarme a erigirle un santuario en el predio de mis mayores que eternice el apellido.

IRENE.- (Reprendiéndole) Eso es lo que te interesa, Alfredo: eternizar el apellido de Saldivia. No creo que tu piedad sea sincera.

ALFREDO.- Por favor, Irene! Todos los días estoy discutiendo con los incrédulos para defender a la Virgen. No puedo soportar que tú, mi esposa y presidenta de la Unión Católica de Madres, te pongas contra mí.

IRENE.- Algun día has de ver, Alfredo, que tu devoción no era muy sólida.

ALFREDO.- Cállate! No me molestes más! (Prosigue leyendo) Mira, qué bien! En todos los diarios de la República se están publicando extensos editoriales sobre las apariciones de Villa Saldivia. Terminaremos por convertirnos en famosos. (Media pausa) Eh! Y qué me dices del examen médico que ayer le hizo un psiquiatra a Nora, la vidente?

IRENE.- No sé nada.

ALFREDO.- Trajeron a un psiquiatra para revisar a la niña. Y sabes cuál ha sido el diagnóstico...?

IRENE.- Cuál?

ALFREDO.- Normal. Me oyes? Absolutamente normal. Esto le da por el nacimiento a aquellos que la tenían por una histérica.

IRENE.- Bien, cálmate! Tú te has de volver histérico si continúas entusiasmándote con las apariciones.

ALFREDO.- (de pronto) Ahí, sabes lo que pensaba anoche...?

DORITA.- Mucho has de pensar cuando te revuelves toda la noche sin pegar los ojos. Eso te hará mal.

ALFREDO.- Pensaba en hacerle una oración a La Virgen de La Gruta. Si hace un milagro y cura a Dorita le levantaré un templo en ese lugar. Aunque tenga que vender la mitad de mi estancia.

IRENE.- (Recriminándole) Alfredo, te he suplicado que no hagas el ridículo delante de la gente!

ALFREDO.- A esto le llamas "hacer el ridículo"?

IRENE.- Pero, no mezcles a Dorita en estas cosas; por lo menos hasta que todo esto se ponga bien en claro.

ALFREDO.- Pero, si está clarísimo!

IRENE.- Mira, en lugar de levantar un templo porque no llevas a Dorita al Colegio de las Hermanas?

ALFREDO.- Yo...? Y porqué tengo que ser yo? No la llevas siempre tú?

IRENE.- Pero, hoy tengo mucho que hacer. No puedo.

ALFREDO.- Yo tampoco.

IRENE.- La Hermana Guadalupe le dará lecciones de piano. Así se distraerá un poco.

ALFREDO.- Ahora tengo que leer el diario.

IRENE.- Sabes lo que se me ocurre, Alfredo...? Que a tí te dá vergüenza andar por el pueblo con tu hija paralítica.

ALFREDO.- Irene! Pero, qué estás diciendo...?

IRENE.- Trata de ser sincero, sin teatralismos. Siempre que te pido lleves a Dorita al colegio buscas alguna excusa. Hace ocho años que vivimos juntos, Alfredo, y sé leer hasta lo recóndito de tu corazón.

ALFREDO.- Pero, sabes lo que estás diciendo...? Me echas encima una acusación criminal!

IRENE.- Alfredo, Alfredo mío, que sé leer en tu corazón...

ALFREDO.- Bueno. Tú dices unas cosas..! No es que me avergüence salir con mi hija paralítica; lo que me repugna son las miradas de lástima con que me apabulla la gente.

(Sale por el segundo término del lateral izquierdo Dorita. Es una hermosa niña, pero, como ya se sabe, paralítica; por lo que, para caminar, usa de dos muletas. Viste pantalones)

DORITA.- Papito!.. Mamita! (Saliendo a escena) Ah!, aquí están los dos. Los dos juntos. Así me gusta que estén siempre juntos. Que se quieren mucho.

IRENE.- Dorita, qué sofocadas que estás! De dónde vienes..? No estabas en la hamaca?

DORITA.- Sabes, mamita..? Quise bajarne de la hamaca y me caí. Lo que me costó levantarme.

ALFREDO.- Pero, cómo! Y la niñera?

DORITA.- Fue al lavadero a enjuagar una ropa.

ALFREDO.- Esa infeliz siempre tiene un pretexto para dejarte sola! Vamos. (Se levanta y conduce a Dorita al banco de derecha) Síntate aquí en la sombra y no te cances tanto. Ya sabes lo que te dije el médico.

DORITA.- Sí, papucho. Y, cuándo me llevarás a la gruta?... Qué ganas tengo de curarme. De poder mover las piernitas..; de correr..; de saltar. Si no quieres que muera yo me sano?

ALFREDO.- Hija!, es lo único que anhelo. Daría mi vida por tí, no sólo mis riquezas. Y tu madre me dice que yo no te quiero. Será verdad..?

DORITA.- Papito, yo creo que tú me quieres mucho, mucho, mucho. Y yo también. Acaso tú tienes la culpa que yo esté enferma?

ALFREDO.- Faltaba más!

DORITA.- Y mamita?

ALFREDO.- Mucho menos!

DORITA.- Entonces...? Si Jesús quiere que tenga las piernas paralíticas, él también las tuvo un día en la cruz. No es así?

ALFREDO.- (Conmovido) Sí. Así es, querida.

IRENE.- Dorita, hoy te llevaré tu padre al colegio porque yo estoy muy ocupada.

DORITA.- (Entusiasmada) Sí? Y a mí me gusta mucho salir con él. Pero, no

ALFREDO.- Espera que le dé otra ojeada al diario. (Se sienta en su mecedora y se abstiene en la lectura)

DORITA.- Mamita, mamita...? La Hermana Guadalupe me ha dicho que este año he de tomar la Primera Comunión.

IRENE.- Te ha tomado examen de Catecismo?

DORITA.- Sí. Soy la mejor alumna!

ALFREDO.- (De pronto) Oye! Oye, Irene!

IRENE.- Qué te ocurre?

ALFREDO.- Pero, será él...? Dime, cuál es el seudónimo de Martiniano Lenzina?

IRENE.- Charles Fournier.

ALFREDO.- Qué bien te acuerdas, eh? Pues, oye, Charles Fournier llega hoy a nuestra Villa.

IRENE.- (Inmutándose) Qué! Hoy llega...?

ALFREDO.- Vaya! Te has impresionado al parecer. No es poca cosa poder verse con el ex-novio con el cuál casi te fugas de tu casa, no es cierto?

IRENE.- (molesta) Calla! Y a qué viene?

ALFREDO.- En la Compañía de Teatro que actuará en el Saavedra.

IRENE.- Bueno. A nosotros qué nos importa? Yo no voy al teatro.

ALFREDO.- Pero, él puede venir acá.

IRENE.- A visitarte?

ALFREDO.- (Con intención) A visitarte.

IRENE.- Alfredo, no tolero más esta conversación, y menos, delante de la nena.

ALFREDO.- Acaso he dicho algún inconveniente.

IRENE.- Alfredo, que yo leo en tu corazón...

ALFREDO.- Entonces, aplazada en lectura. No me creas tan sandio. Estoy muy seguro de mi esposa; pero, es bueno, aunque sea para divertirnos, recordarse de los tiempos idos.

IRENE.- De esos tiempos en que tu esposa no tenía ni un gramo de sensatez?

ALFREDO.- Vaya! Quién no ha vivido en su vida la edad del idiota... Te acuerdo? Tú estabas terriblemente prendida de Charles Fournier.

IRENE.- (Reprochándose) Fueron veleidades de una estidiante casquivana. Me enamoré torpemente, no de Martiniano Lenzina, sino de Charles Fournier, que ya hacía unos trabajitos en el cine y aparecía en algunas páginas de Radiolandia.

ALFREDO.- Por suerte tus padres conocían muy bien a ese bellaco, y lo tenían en tan poca estima que te arrancaron de tu casa y te llevaron a la estancia de mi padre para que cambiara de aire... y de novio.

IRENE.- (Reconviniéndole) Me prometiste un día, Alfredo, olvidar este pasado.

ALFREDO.- Pero, de vez en cuando me gusta hacer una revisión histórica. A más, yo ya había sido tu novio cuando estuvimos en el colegio. En cuanto terminé el secundario, me enterré en la estancia de mi padre. Me interesaban más las chacras que las salas.

IRENE.- Y en ese interim, por desgracia, conocí a Charles Fournier... Un joven de más pretensiones que dinero. De más figura que sesos.

ALFREDO.- Menos mal que cometió una serie locura por tí, sino, quizás, no serías mi esposa. Se le ocurrió robarle a su padre unos cuantos miles de pesos para poder fugarse contigo, pero, su padre le largó atrás la policía para que le pusieran la esposa que necesitaba.

IRENE.- (Tajante) Por favor, Alfredo; no me molestes más! No llevarás a Dorita al colegio?

DORITA.- Mamita, yo lo quiero conocer a Martiniano.

IRENE.- (A Alfredo, reprimiéndole) Mira lo que sacas con tu indiscreción!

ALFREDO.- (A Dorita) Dorita, tú no debes escuchar la conversación de los mayores.

DORITA.- Papi, como no puedo callar tengo que escuchar las conversaciones de los demás.

ALFREDO.- (Levantándose y dejando el diario) Vamos ya al colegio sino perdemos la lección de piano.

DORITA.- Sí, papito, vamos.

IRENE.- Y presta atención a lo que te enseña La Hermana Guadalupe. No seas tan distraída.

DORITA.- Mamá, si viene Martiniano dile que me espere, que yo lo quiero conocer.

IRENE.- Dorita, por favor, olvídate de ese nombre!

ALFRADO.- (Por salir) Dorita, que te estoy esperando.

DORITA.- Voy, papá. (Sale tras su padre. Irene queda un momento como absorta. Luego comienza a juntar los papeles dispersos sobre la mesa, cuando, con paso lento, entra por derecha Martiniano Benzina) (Mí su vestir y en sus modales se vé al hombre de teatro)

MARTINIANO.- Qué vén mis ojos...!!! Dichosas mis pupilas que vén la luz del Cielo!

IRENE.- (Estupefacta) Martiniano!... Qué has venido a hacer?

MARTINIANO.- Vaya! Qué coincidencia!... Esa misma pregunta me hiciste en la noche de tu boda, recuerdas?, cuando entré en la casa de tus padres escalando el muro y te hice llamar al jardín.

IRENE.- (Con tono de reprepción) Martiniano!

MARTINIANO.- Y así mismo me nombraste con una voz trémula de viva emoción y un hálito de ansiedad en tus labios.

IRENE.- Y no te has dado cuenta que de todo aquello ya pasaron ocho años?

MARTINIANO.- Ocho años no es un lapso suficiente para matar un amor imperecedero. "De todo aquello" me dices, como si una pasión dorada se pudiera regalar al olvido.

IRENE.- No pretendas encontrar en mí ni una célula de aquella jovencita a quien tus embelecos tenían enloquecida. He cambiado mucho; no soy en nada la Irene que tú conociste.

MARTINIANO.- Acaso se ha cambiado tu corazón?

IRENE.- Se ha cambiado mi corazón, mi espíritu y mi mente. Tengo un hogar, tengo a mi esposo, tengo a mi hijita.

MARTINIANO.- Esa renguita que subía al auto es hija tuya? (Con ironía)

IRENE.- Martiniano, no permito que te refieras a ella en ese tono.

MARTINIANO.- Perdón. No hay duda que has de ser muy feliz. Pero, nunca pensaste en lo que perdías al abandonar tu novio?

IRENE.- Si que lo pensé y me he convencido firmemente que nunca hubiera sido tan feliz como ahora.

MARTINIANO.- No te engañes. Yo, en cambio, siempre te añoré. Cada vez que subía a escena, cada vez que filmaba una película, en cada escenario extraño en que recibía la ovación del público entusiasmado, yo te hacía con la imaginación junto a mí, y te consagraba mis triunfos. "Qué feliz hubiera sido contigo la bella Irene", me decía. Hace mucho tiempo que esperaba este instante para revelarte este secreto.

IRENE.- No te parece bien que nos despidamos nuevamente?

MARTINIANO.- "Despidanos", dices, cuando ni aún me saludaste. (Tendiéndole la mano) La señora Irene Ballesteros de Saldivia no gusta dar la mano a las visitas?

IRENE.- Adios! (Dándole ligeramente la mano)

MARTINIANO.- (Mientras se la retienen un instante) Cuán sutil es tu mano, Irene! Cuántas veces me la he figurado entre las mías en las horas de nostalgias!

IRENE.- (Retirando la mano) Señor Martiniano Benzina, la señora de Saldivia está muy ocupada; no lo puede atender.

MARTINIANO.- Oh, y cómo luchas contigo misma para convencerte! No trates de engañarte y de engañarme. Yo sintonizo tu corazón. Qué no darias por fugar de tu amado, como en aquella noche, pero, desdichadamente, las convenciones sociales atan tus piés y amordazan tu corazón!

IRENE.- Charles Fournier, a representar se vá al teatro.

MARTINIANO.- Irene, el teatro de la vida nunca ha sido llevado a escena. Nuestro amor sólo puede ser vivido por sus protagonistas. Por eso he venido a buscarte.

IRENE.- (Pasmada de asombro) Pero..., qué dices?! Y tienes el descaro de venir a decirme estas cosas...en mi propia casa?!

MARTINIANO.- En tu casa y en cualquier parte del mundo donde vayas. Yo siempre te buscaré! Nada me rendirá en mi propósito. (Con pasión) Irene, que mis palabras son sinceras! Te hablo con el corazón en la mano! Eres capaz de no creerme...? Tendrás el ánimo de despreciarme? Qué más puedo hacer por tí?

IRENE.- Salir de inmediato de mi casa!

MARTINIANO.- Irene, por favor... No te hagas violencia por mantenerte en una situación que no es tuya. Recuerda aquellas palabras que me decías con tanta pasión: "Yo seré eternamente tuya". Ha llegado el momento que cumplir con esas palabras.

IRENE.- Y tú, de cumplir mi orden: Vete de mi casa!

MARTINIANO.- Me dá lástima que te esfuerces en fingir sentimientos que no son los tuyos.

IRENE.- Soy absolutamente sincera. Yo tambien hablo con el corazón en la mano.

MARTINIANO.- No puedo creer que haya mudado tanto tu corazón. En cambio tenso por cristalina sinceridad lo que has escrito en esta carta. (Sacando del interior del saco una carta)

IRENE.- (Pasmada) Pero, cómo! Esta carta!.. No la rompiste?

MARTINIANO.- Y, porqué razón? Acaso no tengo derecho a conservar lo que es mío: ya sea una carta; ya sea un corazón?

IRENE.- Sabes perfectamente que lo que escribí en ese papel es una burda mentira. Lo hice en un momento de locura y dictado por desvergüenza.

MARTINIANO.- Sin embargo, el impetu de tu cariño acalló la vergüenza de tu honor. Con ello querías obligar a tus padres a permitir nuestro casamiento. Pero, los planes no se cumplieron.

IRENE.- Por lo tanto, ese papel no sirve para nada.

MARTINIANO.- Al contrario, ahora es el momento de darle valor.

IRENE.- Martiniano!.. Siempre te creí un caballero, pero, no eres más que un villano.

MARTINIANO.- Irene, no te apasures a censurarme. Precisamente, venía a entregártelo.

IRENE.- (Esperanzada) Verdad?

MARTINIANO.- Así no me creerás un zulm. Te lo entregaré en cambio de un beso. Vés qué poca cosa vengo a exigirte? No tengo derecho a tus labios después de habernos amado tanto?

IRENE.- (Cavila como luchando consigo misma. Luego) Bien. (Y se acerca a Martiniano que la espera ansioso, sin embargo Irene le propina una sonora zikk chetada) Toma!!

MARTINIANO.- (Retrocediendo sorprendido. Media pausa) Canalla!.. Ah! Esto me lo pagarás!! (Adoptando una pose entre solemne y burlona, en el momento que entra Alfredo por derecha) Señora de Saldivia tengo suno placer de haberla visitado y de haber sido tan bien recibido. Separaré la oportunidad de retribuirle las atenciones.

ALFREDO.- (Entre sorprendido y confuso) Hola! Hola! Cuánto protocolo!.. Tán diplomáticamente te despides de la que fue tu novia? Qué tal, Martiniano, qué tal?!

MARTINIANO.- Alfredo Saldivia! Cuánto placer de verte después de tantos años! (Rifusivos apretones de mano)

ALFREDO.- Siempre el mismo Martiniano, eh? Buen mozo, muy fotogénico, tán galante! Sólo que te noto más sombrío...

MARTINIANO.- Es fruto de la circunstancia.

ALFREDO.- Y, sobre todo, en esta mejilla. Dime, no será "rouge"?

MARTINIANO.- (Pingiéndose escaldadiso) Alfredo, por favor!

ALFREDO.- No te lo tomes a mal. Sólo era una "cargadita". Llegaste recién?

MARTINIANO.- Apenas unos minutos. Y ya me retiraba.

ALFREDO.- Vamos! Y mi esposa no ha tenido la gentileza de obsequiarte; de ofrecerte algo...?

MARTINIANO.- Es que...

IRENE.- En este momento yo tambien salía.

ALFREDO.- Salías?

IRENE.- Hoy es jueves y tengo reunión.

ALFREDO.- Y la reunión no se puede aplazar un poco?

IRENE.- No se puede aplazar: ni por la visita de amistades. Es una decisión que adoptan las integrantes de la Comisión Directiva.

ALFREDO.- Qué mujeres! Quién las entiende? unas veces hablan de más; otras, de menos.

IRENE.- Entonces, con permiso.

MARTINIANO.- Hasta siempre. (Irene toma su carpeta y sale por derecha)

ALFREDO.- Me alegro mucho que hayas tenido esta deferencia conmigo. Que me hayas venido a visitar. O sólo viniste por mi esposa?

MARTINIANO.- Alfredo, basta de cargadías! Dónde voy tengo por obligación darle unas palmadas a mis amigos. Y tú eres uno de los mejores.

ALFREDO.- Gracias! Andas de gira teatral? Lo leí en el diario.

MARTINIANO.- Es mi profesión el teatro.

ALFREDO.- Y ya eres muy célebre, eh?, Martiniano. Digo: Charles Fournier.

MARTINIANO.- Déjate de carteleras. El seudónimo queda en las tablas o en la revista.

ALFREDO.- Actuarás esta noche?

MARTINIANO.- Hoy y mañana.

ALFREDO.- Qué dán?

MARTINIANO.- EL PECADO OCULTO.

ALFREDO.- Un título intrigante parece.

MARTINIANO.- Si. Es una obra para la "claque". De poco valor artístico, pero de mucha taquilla. Se trata de un marido....

ALFREDO.- Sí, sí; ya ceigo. Que no ha de ser muy mucho, verdad?

MARTINIANO.- Por ahí anda el juego.

ALFREDO.- Y, al fin, él la mata?

MARTINIANO.- Bueno. Al fin lo verás en el teatro.

ALFREDO.- Claro, claro! Quieres dejarme con la intriga, eh?, para que gaste una platea.

MARTINIANO.- Sinceramente, no te la recomiendo. Yo hago un papel muy malo.

ALFREDO.- De engañador.

MARTINIANO.- O algo parecido. En fin, Alfredo, que he venido con mucho gusto a este pueblo, al terruño de tus mayores, a Villa Saldivia.

ALFREDO.- Te crec. Te crec. No es mala esta población.

MARTINIANO.- Digo que he venido con gusto porque hay algo que excita mi curiosidad.

ALFREDO.- Ya sé. Ya sé. Las apariciones de la Virgen de la Gruta.

MARTINIANO.- Efectivamente. Y más me llamó la atención porque parece que todo eso ocurre en un rincón de tu estancia "La estrella del Sur". Dime la verdad... ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? Es fidedigno todo lo que se publica?

ALFREDO.- Hombre, siéntate un momentito que voy a explicarte. (Se sientan en los sillones, a izquierda) Mira, se trata de un hecho que nos trae a todo el mundo enloquecido, como dice mi esposa. Sea dicho de paso que ella no cree en nada, a pesar de ser muy católica.

MARTINIANO.- Pues, vaya!

ALFREDO.- Todo esto comenzó hace cosa de tres meses cuando una niña, Nora Barcala, reveló que se le había aparecido la Virgen junto a la gruta que levantaron mis padres en las tierras lindantes con el pueblo. Al principio nadie dio crédito. Es lógico. Pero la niña continuaba concurriendo a ese mismo lugar, cumpliendo con las citas de la Virgen. Primeramente este hecho atrajo a un puñado de curiosos que fue aumentándose hasta formar hoy día cías de miles de devotos.

MARTINIANO.- Sí, bueno... Pero, qué indicios hay de veracidad? ¿Qué hace la niña?

ALFREDO.- Mira. Las citas ocurren de esta manera. Ella va a la gruta a la hora convenida, y allí espera. De pronto, cae de rodillas. Es la señal que se le ha aparecido la Virgen.

MARTINIANO.- Y los demás?

ALFREDO.- También caen de rodillas. Todo el mundo se arrodilla. Unos rezan, otros lloran, otros claman pidiendo favores.

MARTINIANO.- Y nadie ve nada.

ALFREDO.- A la Virgen nadie la ha visto. Pero, hay personas que han visto cosas extraordinarias. Por ejemplo, un cáliz suspendido en el aire; una cruz en el cielo; la gruta iluminada...

MARTINIANO.- Tú no has visto nada?

ALFREDO.- Yo? Bueno. Yo, no; pero he sentido no sé qué cosa. Algo como que me agraza el cuerpo, que se me metiera por los poros.

MARTINIANO.- Milagros también ha habido?

ALFREDO.- Dicen que sí. Aunque yo no los presencie. Pero, lo que es conversiones, por millares. Yo mismo, que era un cristiano apático como tantos

ahora soy un católico de Misa y Comunión dominical.

MARTINIANO.- Caramba! Entonces, estás metido en las apariciones de cuerpo y alma.

ALFREDO.- Es que, como te digo, hay algo de extraordinario. Yo no he visto a la Virgen, pero, la siento. Y, mira, te citaré dos hechos que realmente hacen pensar. Días pasados, un gallego le hizo preguntar a la Virgen por medio de la vidente cómo se encontraba su madre que vivía en España. La Virgen le contestó que hiciera rezarle una Misa de inmediato ya que su madre necesitaba de sufragios. Te figuras? Ese mismo día recibió un telegrama anunciándole la muerte de la anciana.

MARTINIANO.- Cosa extraña, eh?

ALFREDO.- Y te acuerdas de Dante Baltrán, aquel boticario que vivía en tu pueblo?

MARTINIANO.- Vaya, si me acuerdo! Puedo decir que crecí en su casa.

ALFREDO.- Bien. Al pobre viejo se le iba paralizando una mano; se le iba secando como la cáscara de un árbol. Fue a Buenos Aires, a Rosario, a todas partes. Ningún médico ni especialista pudo dar con la enfermedad. Entonces, en última instancia le hizo pedir a la Virgen que lo curara. Y, sabes cuál fue la respuesta?

MARTINIANO.- Qué respondió?

ALFREDO.- Que antes devolviera los bienes que había estafado a un tío suyo.

MARTINIANO.- Ah, sí? Pero, alguien sabía en el pueblo de esa estafa?

ALFREDO.- Nadie. Sólo la conocían Dios y el boticario.

MARTINIANO.- Es, verdaderamente, el pecado oculto.

ALFREDO.- La revelación fue sensacional.

MARTINIANO.- Entonces, no habrá alma en el pueblo que no crea en la veracidad de estas apariciones.

ALFREDO.- Martiniano, como en todas partes, en este pueblo hay también almas incrédulas. Y sabes quién es el peor ateo?

MARTINIANO.- Quién?

ALFREDO.- El cura!

MARTINIANO.- El cura? (Y en este instante aparece por derecha el Padre Malaquías)

ALFREDO.- Calla, calla, que aquí viene.

MALAQUIAS.- Buenas y santas! (Los hombres se ponen de pie)

ALFREDO.- Buenas tardes, Padre Malaquías. Pase usted. Qué milagro, por mi casa.

MALAQUIAS.- Así es. Y le aseguro que me dio calor la caminata.

ALFREDO.- Es que hace calor. La primavera ya hace sentir sus efectos: en el cuerpo y en el alma. Padre Malaquías, le presento a un amigo. El señor Martiniano Lenzina que figura con el seudónimo de Charles Fournier.

MALAQUIAS.- Tanto gusto. (Apretón de mano) Es escritor?

MARTINIANO.- No, padre; pertenezco al elenco de teatro que se presenta en esta villa.

MALAQUIAS.- Si, me barruntaba que algo de eso podía ser. Permiso. Me sentaré un rato.

ALFREDO.- Está en su casa, padre. (Se sienta en un sillón. Los hombres también se sientan)

MALAQUIAS.- Estoy un poco cansado. He caminado tanto en este día!

ALFREDO.- El caso de las apariciones lo tienen demasiado preocupado.

MALAQUIAS.- Precisamente, en eso ando.

MARTINIANO.- Puede considerarse usted un cura dichoso ya que el cielo hace tales prodigios en su parroquia.

MALAQUIAS.- Hasta el presente no se sabe si son cosas del cielo o del diablo.

MARTINIANO.- Vaya! Y porqué dice eso?

MALAQUIAS.- El diablo es tan diablo que hasta puede disfrazarse de Virgen. Que si llegaran a ser cosas verdaderamente sobrenaturales, nunca daremos merecidas gracias a Dios; pero, si son embustes y alucinaciones le aseguro que el mal ha de ser mil veces peor. Y para mí, hasta el presente, la situación es bastante turbia. Lo que me encabrita es cómo la gente se deja llevar por estas cosas externas de la religión, pero del dogma y de la moral no se preocupa ni un comino. Por ver estas apariciones hay personas

que hacen sacrificios inauditos, pero en la Iglesia han de entrar sólo metiendo en el cajón. No es una contradicción evidente?

ALFREDO.- Padre, es que Dios se vale, de vez en cuando, de estos hechos milagrosos para conmover un poco los espíritus y llevarlos por el buen camino.

MALAQUIAS.- Claro! (Ironico) Y para eso organiza una función de teatro ultraterreno? Como a los niños... Si van a Misa se les da un bono para entrar en el cine de la parroquia.

MARTINIANO.- Pero, señor cura, y Lourdes..? Y Fátima..?

MALAQUIAS.- Pero, aquello fue muy distinto.

MARTINIANO.- No se apareció la Virgen ahí tambien?

MALAQUIAS.- Ahí, no lo niego. Pero, aquí..? Usted asistió a algunas de dichas apariciones?

ALFREDO.- He llegado a este pueblo hace un momento.

MALAQUIAS.- Pues, si usted asiste de inmediato se convencerá que allí hay de todo, pero falta lo principal: la Virgen. En fin, se puede terminar muy facilmente con este embrollo. Que si son cosas del cielo, el cielo reclamará de alguna manera; si son otras artimetas, se puede cortar con ellas.

ALFREDO.- Y de qué manera?

MALAQUIAS.- Para eso venía a hablar con usted, Don Alfredo.

ALFREDO.- Usted dirá.

MALAQUIAS.- Vengo a suplicarle encarecidamente que cierre la entrada a la gruta y no deje entrar más a nadie. Si a la vidente ni a los curiosos.

ALFREDO.- Por favor; pero, qué me pide!?

MALAQUIAS.- Usted, quizás, esté muy contento de lo que ocurre en su estancia, pero llegará el momento en que, si esto sigue así, se darán mordizones de rabia.

ALFREDO.- (Dolorido e indeciso) Es que yo... Porqué no se lo dice a la Policía?

MALAQUIAS.- La Policía manda en la calle. En su campo manda usted. En sus manos está decidir de una vez este asunto que trae en aprietos a todo el mundo.

ALFREDO.- Es que.. No sé...

MALAQUIAS.- Reflexiones, Don Alfredo, y decidase. No le pido que lo haga hoy, pero sí lo antes posible. Si fuera mañana, mejor.

(Y entra por derecha Blas Núñez, puestero de Alfredo. Viene vestido con ropa de trabajo)

BLAS.- Buenas tardes.

ALFREDO.- Buenas tardes, Blas. (Los demás tambien cambian saludos)

BLAS.- Venía a hablarle, patrón.

ALFREDO.- Pase adelante. Museguida lo voy a atender.

MALAQUIAS.- (Continuando su conversación) En sus manos, Don Alfredo, está el terminar este espectáculo que sólo sirve para confundir a la gente.

ALFREDO.- Y si fuera...?

MALAQUIAS.- Algo divino! se lo aseguro con mi autoridad de cura que no lo es.

ALFREDO.- Está bien. Lo consultaré con mi señora y algunas personas del pueblo.

MALAQUIAS.- No tenga temor de lo que diga el pueblo. Diga, simplemente, que el cura prohibió las apariciones de la Virgen. (Consultando el reloj) Y me voy porque ya es hora del Catecismo. Que lo pasen ustedes bien. (Se levanta)

ALFREDO y MARTINIANO.- Buenas tardes, padre. (Blas se va por ~~despedida~~ ^{despedida})

MARTINIANO.- Qué te parece?

ALFREDO.- Muy sencillo. Está contra las apariciones de la Virgen porque no puede recaudar limosnas, pero, si pudiera pasar ahí la bolsita, haría aparecer hasta la Santísima Trinidad.

BLAS.- Le tengo una rabia a ese cura yo...!

ALFREDO.- Porqué?

BLAS.- Porque dice que Nora, mi sobrina, no es más que una loca, y que eso de las apariciones o son cosas del diablo o es farsa preparada.

ALFREDO.- Ah! Eso dice?

BLAS.- Que se crée él! Vá a saber más que la gente que está tan contenta con las visiones de Nora!

ALFREDO.- El tiempo dirá, Don Blas. Dará la razón a quien la tiene.

BLAS.- Que el tiempo diga lo que quiera. Yo digo que es verdad y se acabó.

ALFREDO.- Bien. Qué lo trae?

BLAS.- Venía por dos motivos. Mañana van a hacer el arreo para el frágico?

ALFREDO.- Sí, mañana. Ya ha avisado a los troperos?

BLAS.- Hablé con Adriel, con Bautista y con el Pecoso.

ALFREDO.- Están dispuestos los tres?

BLAS.- Sí, los tres.

ALFREDO.- Entonces, más tarde le llevaré todos los papeles.

BLAS.- Después venía a pedirle un favor.

ALFREDO.- Usted dirá.

BLAS.- Sabe? Parece que la Policía quiere llevarse a Nora al departamento.

ALFREDO.- ¿Cómo es eso?

BLAS.- Así me dijo mi hermana. La Policía alega que la concurrencia de tanta gente a la gruta es motivo de desorden.

ALFREDO.- Yo no veo que sea así.

BLAS.- Sabe usted lo que significaría eso para la pobre muchacha? Se lo pasa llorando. Yo pensaba llevarla a mi puesto sin que nadie la viera. Allá no ha de ir nadie.

ALFREDO.- Me parece bien la idea.

BLAS.- Entonces, venía a pedirle a usted que hablara con el comisario.

ALFREDO.- Perfectamente. Iré de inmediato.

BLAS.- Gracias, patrón. Yo lo quedo esperando en el puesto. Hasta luego.

ALFREDO.- Hasta luego. (Blas Nuñez se va por derecha)

MARTINIANO.- Oye, Alfredo. Quién es ese tipo?

ALFREDO.- Blas Nuñez, mi capataz. Porqué?

MARTINIANO.- Me parece que lo conozco. No estuvo en Rosario?

ALFREDO.- Sí. Ahí estuvo un tiempo trabajando en el puerto.

MARTINIANO.- Efectivamente. Entonces, es él.

ALFREDO.- Es mi hombre de confianza. Muy formal y responsable.

MARTINIANO.- (Que observa por derecha) Y esa niña que viene ahí?

ALFREDO.- Es mi hija, Dorita. Olvidé decirte que tenía una niña. (Entre Dorita por derecha) Dorita, cómo es eso? Has venido sola?

DORITA.- Sí, papucho. Como mamá tardaba tanto me trajo Doña Julia.

MARTINIANO.- Pobrecita! Es paralítica?

ALFREDO.- Paralítica de nacimiento.

MARTINIANO.- La habrás hecho ver, verdad?

ALFREDO.- Figúrate! La hemos llevado a Buenos Aires, a Montevideo, a Córdoba, pero, nada... Lo que la naturaleza no dà, Salamanca no presta.

MARTINIANO.- Qué lástima! Tán bonita!

DORITA.- Usted es el señor Martiniano?

MARTINIANO.- Sí, querida.

DORITA.- Cuánto me alegro haberlo visto!

MARTINIANO.- Acaso has oido hablar de mí...?

DORITA.- Sí. A mamá.

MARTINIANO.- (Sorprendido) A tu mamá?

ALFREDO.- Te aseguro que esta parálisis es una cruz tremenda para ella y también para nosotros.

MARTINIANO.- Es realmente extraño, Alfredo; ustedes dos tán rebozantes de salud y han dado un vestago atrofiado.

ALFREDO.- Qué se yo a qué se debe? De a ratos uno piensa que fuera una maldición.

MARTINIANO.- Anda esta noche a ver EL PECADO OCULTO y, quizás, te ilumine al respecto. Hasta luego.

DORITA.- Ya se vá?

MARTINIANO.- Sí, querida.

DORITA.- Qué lástima! Yo quería estar un rato con usted.

MARTINIANO.- Estaré unos días, de modo que ya habrá oportunidad. (A Alfredo) EL PECADO OCULTO, Alfredo. Chau.

ALFREDO.- Chau, Martiniano. (Alfredo queda caviloso. Martiniano se va por derecha) El pecado oculto?... Y qué pecado cometí yo?

DORITA.- Qué te pasa, papito? Estás enfermo?

ALFREDO.- No estoy enfermo, pero, podría enloquecer...

DORITA.- Porqué me miras así? Me das miedo! Acaso tengo algo malo?

ALFREDO.- (Mirándola detenidamente) El pecado oculto. Qué será?

ACTO SEGUNDO

(Es el dia siguiente de la acción anterior. Al levantarse el telón de boca Alfredo está sentado en un sillón, con la cabeza entre sus manos, completamente abstraído. Tal es así que no nota la entra de Martiniano)

MARTINIANO.- Buenos días. (Alfredo no lo oye) Buenos días, señor dormilón.
ALFREDO.- (Sobresalto. Se pone de pie) Oh, Martiniano! No, no estaba dormido, estaba cavilando un poco.

MARTINIANO.- Cavilando? Es malo cuando un hombre piensa mucho. Quiere decir que hay muchos problemas. Que la procesión vá por dentro.

ALFREDO.- Claro! Como tú ya tienes una corona asegurada no te rebajas a la vida vulgar ~~en la cual se pierde la dignidad~~ de la gente común.

MARTINIANO.- Me crees un semiidiota? Todos sufrimos nuestras ansiedades cotidianamente. Dime, no te molesto? Acaso soy inoportuno.

ALFREDO.- Pero, qué dices, hombre!

MARTINIANO.- Andaba merodeando por el pueblo...

ALFREDO.- Quiere decir que hoy has madrugado.

MARTINIANO.- Mi despertador suena cada día a las siete. Luego: el desayuno, un poco de lectura, estudio de mis papeles teatrales... Pero, como hoy me di un feriado, salí a caminar. Y como no tengo otro amigo más que tú en el pueblo, arribé a tu casa. Empero, sinceramente, si molesto me voy.

ALFREDO.- Vamos! Déjate de poses premeditadas. Ya sé que aquí te atraen muchas cosas...

MARTINIANO.- Insinuaciones y cargadas, no, Alfredo. Todavía es muy temprano.

ALFREDO.- Perdona, hombre. Lo decía por hablar un poco. Sabes? Anoche fui a ver tu obra.

MARTINIANO.- No te escapaste a la curiosidad. Qué te parece?

ALFREDO.- Tu trabajo es estupendo.

MARTINIANO.- No te pregunto por mí. Te pregunto por la obra.

ALFREDO.- La obra, sí... Una obra artísticamente endeble, pero tiene su tesis. Te diré que deja un saldo amargo.

MARTINIANO.- Es una obra de vanguardia.

ALFREDO.- Pero no deja de tener sus razones y verdades. Yo fui porque me sentía inquieto...; desvelado, como tantas noches.

MARTINIANO.- Y fuiste al teatro con el propósito de dormirte.

ALFREDO.- Te diré que hay obras que son un opio, pero ésta me agarró desde la primera escena. Su contenido es vulgar pero tremendo. Esta angustia vivida hora tras hora por el esposo burlado te aseguro que a uno lo hace tiritar. Pero, sobre todo, hirió mi sensibilidad la exposición del mal físico como un castigo del pecado.

MARTINIANO.- Pues, mira, eso es una mera teoría, discutible por otra parte. Para mí no tiene importancia.

ALFREDO.- Para mí, sí. Es una sentencia bíblica. El castigo del pecado se hará sentir en la descendencia hasta la tercera y cuarta generación. Es la maldición divina sobre la descendencia de Cain. Es el castigo que tuvo que soportar el pueblo de Israel por el pecado de David. Es el flagelo de Dios sobre el inocente para castigar al culpable. Es el tremendo misterio de la justicia eterna.

MARTINIANO.- Alfredo! A qué viene ese razonamiento tan fatalista? Si fuera así, qué hombre escaparía a alguna tara?

ALFREDO.- Es que, por otra parte, hay pecados propios que sólo atañen a uno; y otros que atañen al prójimo.

MARTINIANO.- Vamos, vamos, Alfredo! Te has vuelto locamente moralista, o filósofo, o académico. Si me hubiera imaginado esto no te hubiera permitido la entrada al espectáculo.

ALFREDO.- Tú sabías que el argumento tenía mucho que ver contigo; por eso me la recomendaste.

MARTINIANO.- Yo? No seas así, Alfredo. Mira, yo...

ALFREDO.- No trates de retractarte. Te has dado cuenta perfectamente cuánto sufro por Dorita. Es una tragedia que vivo callado, pero es una tragedia.

MARTINIANO.- Y qué has pensado?

ALFREDO.- No será, también, un castigo de Dios...?

MARTINIANO.- Acabáranos! No digas pamplinas! Tú tienes algo de qué arrepentirte!

ALFREDO.- He tenido mis pecados de la juventud.

MARTINIANO.- Y bien?

ALFREDO.- Ya sé que, por desdicha, es lo corriente y que no afectan a nadie.

MARTINIANO.- Entonces, si no te culpas a tí, a quién has de inculpar? (Alfredo queda pensativo) Porqué callas?

ALFREDO.- Sencillamente, porque no sé contestarme.

MARTINIANO.- Oye, me parece que en tu reticencia hay una manifestación tácita contra tu esposa. Si fuera así...

ALFREDO.- Sería un loco, verdad?

MARTINIANO.- Me has sacado la palabra de la boca.

ALFREDO.- Por favor, no disimules, Martiniano.

MARTINIANO.- Diminular?

ALFREDO.- Quién la conoció mejor antes de nuestro casamiento. Tú o yo...?

MARTINIANO.- Porqué no bajamos el telón, Alfredo?

(Aparece por derecha el Sargento)

SARGENTO.- Buenos días. Se puede?

ALFREDO.- Buenos días, Sargento. Adelanta.

SARGENTO.- Permiso. (Se adelanta)

ALFREDO.- Qué lo trae?

SARGENTO.- Una citación del comisario para usted, Alfredo Saldivia. Dice si puede bajar un momento a la comisaría. Desea hablarle.

ALFREDO.- Cuándo quiere que vaya?

SARGENTO.- Ahora mismo, si es posible.

ALFREDO.- Perfectamente. Enseguida estaré con él.

SARGENTO.- Gracias. Hasta luego. (Se retira)

ALFREDO.- Me esperarás un momento?

MARTINIANO.- Yo tambien me retiro.

ALFREDO.- Porqué? Tienes temor o vergüenza de estar en mi casa?

MARTINIANO.- Para desvirtuar tus conjeturas, te esperaré aquí.

ALFREDO.- Muy bien. Ahora vuelvo. (Se va por derecha) (Martiniano se pasea por desesa, cavilando. Está en el lateral derecho cuando Irene sale de la casa. Al ver a Martiniano queda plantada mirándolo fijamente)

MARTINIANO.- (Luego de una pausa apreciable) Si parece que no encontráramos palabras para saludarnos.

IRENE.- Yo ya te dije "adiós", Martiniano.

MARTINIANO.- No. Eso no puede ser. Sin embargo, mira... (Se le acerca)

IRENE.- Qué?

MARTINIANO.- (Mostrándole dos pasajes) Ya he tomado dos pasajes para esta tarde.

IRENE.- Será posible que en tí no quepa un poco de cordura y vergüenza?

MARTINIANO.- Eso debo preguntártelo yo a tí. Aquivocaste papales.

IRENE.- Tú estás loco!

MARTINIANO.- Loco estaría si me fundara en imposibilidades. Pero yo sólo pretendo continuar mi pecado. Recomenzar mi vida desde aquella tarde...

IRENE.- Sí, que te buscaba la policía.

MARTINIANO.- Y porqué lo hice? Porqué me atreví a ello? Todo por tí. Extendí un velo de ruindad sobre mi existencia, todo por quién?, por tí. Para poder así culminar nuestro común anhelo, para poder cristalizar nuestras ilusiones. Después no sé lo que pasó. Creo que hubo mucho de liviandad en la que creí una roca incombustible.

IRENE.- No llanes liviandad a la sensatez. Gracias a Dios que pude recapacitar a tiempo para darme cuenta de la barbaridad que estuve a punto de cometer. Dilo con franqueza. Tú no eras un hombre digno.

MARTINIANO.- Creo, más bien, que quieres disculparte con un poco de moralina. Yo era un muchacho pobre que es cosa muy diferente.

IRENE.- Hay muchos que son pobres pero honrados. La vida no se sostiene a base de riquezas sino de sanas virtudes.

MARTINIANO.- Irene, te estás cubriendo artificiosamente con una capa de ética convencional. Tú nunca fuiste así. Recuerda cómo eras hace ocho años atrás? Fresca, lozana, cariñosa, espontánea. Quién te ha hecho cambiar de ese modo?

IRENE.- Mi conciencia.

MARTINIANO.- Me parece atrevimiento cir en tus labios esa palabra.

IRENE.- Y más atrevimiento, me parece, es el querer desconocerla.

MARTINIANO.- Por favor, no te engañes por querer engañarme. Sé un poco valiente, Irene, y busca tu felicidad.

IRENE.- Mi felicidad está aquí, en esta casa.

MARTINIANO.- Junto a esa niña enferma?

IRENE.- Junto a mi hija y a mi esposo.

MARTINIANO.- No te ilusiones mucho con tu esposo. Es un pobre desdichado con más malas que corazón. Siempre fue así: un insatisfecho, un susceptible, un rencoresco.

MARTINIANO.- No permito que hables así de mi marido!

MARTINIANO.- De tu marido...? No creo que sea un hombre a quien amas, sino, más bien, un amo a quien soportas.

IRENE.- Por favor, Martiniano...!

MARTINIANO.- Y tén presente que al pobre le ha entrado una duda a correr el corazón. El ama más su honor, sus pretensiones, sus caprichos que a cualquier mujer. Y, a más, esta carta que tú conoces lo forzarán a decidirse.

IRENE.- (Suplicante) Martiniano, por Dios...! No te crees capaz de tanta violencia.

MARTINIANO.- Y yo no te crees capaz de tanto desamor.

IRENE.- Te lo pido, te lo ruego, te lo suplico por lo que más quieras...!

MARTINIANO.- Entonces, pídemelo por tí.

IRENE.- Te suplico que nos tengas compasión. Tén compasión de este hogar que hasta ahora era feliz! Este hogar que se formó sobre lo más sagrado que es el sacramento! Este hogar que sólo exige paz, amor y tranquilidad!

MARTINIANO.- Eso es. Me pides que busque la comodidad de ustedes. Que ustedes sean felices mientras a mí la pena me pudre el corazón. No, Irene; durante estos ocho años, día trás día, me dediqué a preparar nuestro reencuentro, a consumar nuestro destino. Me ha chocado y me ha dolido enormemente que tú no ansiaras lo mismo. No es posible, Irene! Irene...! Irene de mi alma que tú eres mi vida, mi riqueza, mi todo! (Se ha ido acercando a ella y la toma entre sus brazos)

IRENE.- (Defendiéndose) Déjame... Quélcame, te he dicho!! (Que logra soltarse. Irritada, pero con toda dignidad) Miserable! No eres más que un miserable!! Y, ahora, me voy? Y sabes donde voy?

MARTINIANO.- (Con voz seca) No me interesa.

IRENE.- Voy a suplicarle a la Virgen un milagro! Que cambie tu corazón pervertido! Que te haga un hombre decente!!

MARTINIANO.- Eso... temporal me interesa.

IRENE.- Sin embargo, esperaré ese milagro.

MARTINIANO.- Empero, tén presente que, pase lo que pase, yo siempre esperaré en tí. (Irene sale rápidamente. Martiniano queda con la vista fija sobre el lateral. Luego se pasea caviloso y derrotado. De pronto, se hace presente Dorita por izquierda. Mira un rato a Martiniano)

DORITA.- Señor Martiniano...

MARTINIANO.- Qué es lo que quieres? (Con poca afabilidad)

DORITA.- Yo no lo quiero más a usted.

MARTINIANO.- Que no me quieres? Y porqué?

DORITA.- Porque, desde que usted vino, papá y mamá están enojados. (Y se vuelve por izquierda)

MARTINIANO.- (Luego de una pausa) Bah! (Aseogiéndose de hombros)

(Entra por derecha Blas Núñez)

BLAS.- Buen día. Está el patrón?

MARTINIANO.- Ha salido, pero no tardará en venir.

BLAS.- Entonces, lo voy a esperar. (Se adelanta en escena en actitud de espera) (Larga pausa, mientras Martiniano lo examina)

MARTINIANO.- Si no me equivoco, nosotros nos conocemos.

BLAS.- Y capaz, no más...

MARTINIANO.- Yo conocí a un tal Cruz Belmonte que trabajaba de estivador en el puerto de Rosario.

BLAS.- (En guardia) Ah, sí! Yo también lo conocí. Muy amigo mío.

MARTINIANO.- Qué raro! Tenía su misma fisonomía. No serían mellizos?

BLAS.- Mire, yo no me acuerdo cuando naci.

MARTINIANO.- Pero, usted se ha de acordar del trabajito que le hacia a Diego Bianchini, dueño de una "botica" muy famosa. Creo que era un tráfico de estupefacientes.

BLAS.- No sé de qué está hablando, mi amigo. A qué se refiere...?

MARTINIANO.- Me refiero a aquella noche en que Bianchini no le quiso abonar la suma convenida. Se acuerda? Llovía. La calle era oscura. No andaba ni un perro por los contornos. Nos cruzamos frente a un árbol corpulento. En ese instante Bianchini encendió un cigarrillo, lo tiró y encendió otro. Era la señal convenida. Entonces usted llegó hasta el auto, parado junto a la acera, abrió la puerta y le preguntó si necesitaba algo al tiempo que le entregaba un paquete. Bianchini le dijo: "Mariana te pago todo". Usted le contestó: "Me paga ahora o lo mato". La víctima dio marcha al auto, pero no tuvo tiempo para más. Usted le atravesó el corazón de una puñalada.

BLAS.- Así que usted fue el cobarde que huyó envuelto en la oscuridad? Lo corri pero no pude alcanzarlo.

MARTINIANO.- Ni tampoco la policía pudo dar con usted. Fue uno de tantos crímenes perfectos, pero que puede aún develarse, siempre que yo tenga a bien presentarme para hacer la denuncia.

BLAS.- Pero, supongo que no lo hará.

MARTINIANO.- Cómo no...! Mientras que nos entendemos...

BLAS.- Qué pretende?

MARTINIANO.- Que me haga un trabajito.

BLAS.- Ahora quiero vivir tranquilamente como cualquier ciudadano. No trabajo para nadie.

MARTINIANO.- Ahora trabaja para usted, verdad?

BLAS.- Para mí...?

MARTINIANO.- Sí, y usando de lo más sagrado: de la religión; de la piedad de los incasitos; de la devoción a la Virgen.

BLAS.- Afine la puntería si no quiere errar.

MARTINIANO.- No, no disimule. Apenas conocí esto, cuando me enteré que usted andaba de por medio, me convencí que era puro fraude. Claro!, es un juego muy peligroso pero que también rinde estupendamente. Y, lo que es mejor, con el entusiasmo y admiración de todo el pueblo. Nunca vi una estafa más legal, más fina, más brillante.

BLAS.- Disculpe que sé lo diga, pero usted es un atrevido.

MARTINIANO.- Porque lo descubrí? No, no. Más atrevimiento es el suyo si continúa con esta historia. Son cosas muy difíciles y delicadas y puede pisar el palito sin darse cuenta. Al mismo cura lo tienen en contra, y al cura no lo van a engañar.

BLAS.- Entonces, qué me pide? Que concluyan las apariciones?

MARTINIANO.- Después que me haga un trabajito.

BLAS.- Yo tambien digo: siempre que nos entendemos.

MARTINIANO.- Creo que no habrá dificultad.

BLAS.- Como usted opina, éste es un asunto muy delicado, pero que trae buenas ganancias. Al principio también nosotros nos reímos de Nora...

MARTINIANO.- Y cómo comenzó?

BLAS.- Fue así. Una tarde oscura y tormentosa pasaba la chica frente a la gruta. Vaya a saber qué fue -a lo mejor una persona que estaba escondida dentro de la gruta-, la asustó. Llegó a casa con el cuento que se le había aparecido la Virgen. Y para sacarse el miedo de encima tomó la costumbre de ir a rezar a la gruta. Como algunas compañeritas se le reían ella les aseguró que la Virgen se le aparecía. Y, así, de un engaño inocente, se fue hilando esta farsa. Comenzó el entusiasmo de la gente, y, entonces, el susto fue mayor. Cómo decírles que todo era mentira? Y después vinieron los regalos. Esto nos entusiasmó a todos. Nora se estaba haciendo célebre y su familia podía hacerse rica. Como usted, dice, un negocio estupendo!

MARTINIANO.- Pero es necesario sacar las uñas a tiempo antes que se las corten. Pues bien, yo le daré una apreciable recompensa si me hace un trabajo muy sencillo.

BLAS.- Milagros, no; eso no sabemos.

MARTINIANO.- Por favor, a mí hablar de milagros! Se trata simplemente de lo siguiente: Don Alfredo hará consultar a la Virgen cual es la razón de

la parálisis de su hija.

BLAS.- SÍ?.. Y qué sé yo?

MARTINIANO.- Comprendo que no sepa. Y por eso yo les doy la respuesta: "la parálisis de Dorita se debe a un pecado oculto de sus padres".

BLAS.- A un pecado oculto?.. Y nada más?

MARTINIANO.- Nada más.

BLAS.- Es poca cosa. Pero, dígame, y después...?

MARTINIANO.- Después, qué?

BLAS.- Qué se sigue de todo esto? Supongo que no ha de ser para mal de mi patrón, porque sepa que yo lo estimo mucho. Ya le he dicho que quiere vivir como un buen ciudadano.

MARTINIANO.- No tiene nada qué temer. Y, además, que yo también le he de reintuir.

BLAS.- A mí entender este trabajito vale sus pesos.

MARTINIANO.- Usted dirá.

BLAS.- Veinte mil pesos.

MARTINIANO.- De acuerdo. Los quiere enseguida?

BLAS.- Como guste.

MARTINIANO.- Lo más justo es que le dé ahora diez mil. Lo restante, luego de la aparición.

BLAS.- Pero, no pretenda burlarse de mí. Acuérdese de Bianchini y ándese con cuidado.

MARTINIANO.- Yo sé cuidar la palabra y el pellejo. Aquí tiene. (Le entrega el dinero)

BLAS.- De acuerdo, entonces.

MARTINIANO.- Cuidado!, que viene Don Alfredo.

(Entra por derecha Alfredo)

ALFREDO.- Ah, menos mal que lo encuentro aquí, Don Blas!

BLAS.- Yo venía a preguntarle, patrón, si después va a llevar a la muchacha.

ALFREDO.- Como lo hemos convenido. Aunque, debo anoticiarlo que debemos dar por terminada la tarea.

BLAS.- Porqué, patrón?

ALFREDO.- Triunfaron los contreras de la Virgen. Recién me citó el comisario para decirme que por orden superior hay que obligar a la Virgen a quedar en el cielo.

MARTINIANO.- No es de extrañar esta medida. Cosas peores vemos a diario.

BLAS.- Fíjese usted!

ALFREDO.- Y a mí lo que me hace rabiar es que yo sea el único que defienda a Nora. No debe estar de su parte la Iglesia? Pues, no, señor! El cura es el más empecinado en terminar con las visiones. Y la gente católica? Los de Misa y Comunión diaria? Ahí están, siempre en la oscuridad, sin atreverse a sacar la cara. Me hacen acordar de las lechuzas de la torre. Sólo gritan de noche, en las tinieblas. Y yo, que, al fin de cuentas, soy un católico de última hora, tengo que luchar contra todos. Dar a diestra y a siniestra.

MARTINIANO.- Y, en fin, qué ha dispuesto la policía?

ALFREDO.- Que desde hoy todo se dé por concluido. La de este día será la última aparición... Recién pasé por la gruta. Ya hay reunidas miles de personas. Me indigna que, por los anteojos de algunos, se defraude a tanta gente devota, piadosa, bien intencionada.

MARTINIANO.- No te excites, Alfredo; Dios tiene la última palabra y él hará brillar la verdad bajo el nubledo.

ALFREDO.- Es que uno, a veces, quisiera obligar al cielo.

BLAS.- Paciencia, patrón, paciencia! Yo voy a acompañar a Nora hasta la gruta.

ALFREDO.- Y yo iré dentro de un rato. (Blas Nuñez se va por derecha)

MARTINIANO.- Así que la de hoy será la última aparición?

ALFREDO.- Eso es, Martiniano.

MARTINIANO.- Por decreto.

ALFREDO.- Si parece un tema de comedia. Pero, así son los hombres... No creen en el cielo ni cuando el cielo hace milagros.

MARTINIANO.- Recién se me antojó una idea luminosa; con todo, me la guardo. Quizás sea demasiado atrevimiento.

ALFREDO.- Con respeto...?

MARTINIANO.- Ya que a tí se te ha metido en la cabeza esa idea desceballada

que te torturas...? Ya que te angustia saber si porqué de la taza de tu hija tra, pregunta...?

ALFREDO.- No proclamas. Yo sé lo que me quieren pregonar. Que yo lo averigüe a la Virgen...

MARTINIANO.- No te parece lógico?

ALFREDO.- Es que yo... No sé. Hasta me da temor.

MARTINIANO.- Y porqué? Tu acusas a los demás porque niegan la veracidad de las visiones, y tú le temes? Tú no afrontas el dictamen que, a lo mejor, puede cambiar tus ideas propias. Si la Virgen contestara lo qué tú pides, entonces, sí, estarías conforme.

ALFREDO.- No, no, Martiniano. No me creas un cobarde. Yo amo a mi hija, yo amo a mi esposa, yo amo a mi hogar. Yo les defiendo como algo mío, como parte de mi persona. Aunque, realmente, si algo no anduviera bien, no sé cómo lo soportaría! Se ama también un miembro engangrenado, pero, si es necesario cortar para salvar el resto, no hay más que cerrar los ojos y resignarse.

MARTINIANO.- Alfredo, se parece que estás tomando las cosas demasiado a la tremenda. Con esto no remediarás nada... Yo estoy acostumbrado a hacer trato y estoy acostumbrado a su mecanismo. Muy bien, sabes lo que observas: que estás preparando el clima para una tragedia. El protagonista que vive obsesionado por una idea y que vé todas las cosas a través de ese ánimo estrecho. Levanta ese ánimo, Alfredo! Vámonos a malograrte tu vida por una idea obsesiva! No seas exagerado! Sea cual fuere la respuesta de la Virgen -te agrade o te disguste-, no hay más que seguir viviendo mirando hacia arriba, alegres y optimistas, de cara al futuro!

ALFREDO.- Tú sí que eres un iluso, Martiniano. Como hombre de teatro eres bastante superficial para pesar los valores humanos. No se puede cimentar la vida sobre situaciones ficticias. En donde no hay honor no se pueden entronizar las virtudes morales. O se es, o no se es. La del payaso que ríe mientras representa su tragedia, es una forma de gran guillot, pero nunca vida humana.

MARTINIANO.- De lo vuelvo a repetir, Alfredo, eres simplemente un exagerado. Con ese ánimo no puedes soportar ninguna alternativa. Aunque no soy hombre piadoso, ni cristiano siguiere, te aconsejo sinceramente que consultes a la Virgen.

ALFREDO.- Así lo haré, Martiniano.

MARTINIANO.- Daré una vueltita por el teatro para dejar todo arreglado. Luego pasará a despedirse de ustedes.

ALFREDO.- Pero, te visto?

MARTINIANO.- En el último tramo de la tarde. No asistiré a la última apariación, pero he de venir a enterarme del resultado. Siempre que te animas a consultar a la Virgen...

ALFREDO.- Yo repito que lo haré.

MARTINIANO.- Lo bien que haces. Chau.

ALFREDO.- Chau, Martiniano. (Al salir Martiniano entra Irene por derecha)

MARTINIANO.- (Con mucha deferencia) Pase, señora. (Cediéndole el paso)

IRENE.- (Fríamente) Gracias. (Se va Martiniano)

IRENE.- (Dijo de una pausa en que observa a su esposo) Te noto preocupado, Alfredo.

ALFREDO.- Preocupado?... ¿No, acabo de recuperar la serenidad.

IRENE.- Recobraste. Y porqué la habrás perdido?

ALFREDO.- Por comis...

IRENE.- Sin embargo, no trates de disculpar, Alfredo. Por más que te enfueras noto en tí algo que te sacude las entrañas. Y yo sé bien cuál es el motivo.

ALFREDO.- Cuál?

IRENE.- Mira, querido. Yo te pediré algo que, supongo no me lo negarás porque no de ser para bien de todos.

ALFREDO.- Habla. Dilo.

IRENE.- Exige a Martiniano que no vuelva a esta casa.

ALFREDO.- ¿que no vuelve...? Vaya! Esta es una determinación un poco curiosa. Si fue mi anigo desde antes de nuestro casamiento, y al llegar a nuestro pueblo he tenido la deferencia de venir a visitarnos. Le debo atenciones. De manera que yo no puedo adoptar una medida tan arbitraria sin darle una explicación aceptable. O es que no sientes segura del todo...? (Con sonrisa)

IRENE. - Alfredo, esa pregunta no debiera salir de tus labios por el cariño que me debes y por el respeto que debes tenerme a mí mismo. Las adoraciones al respecto están de más, ya que no se trata únicamente de un punto de honor sino, además, de delicadeza y de amor propio.

ALFREDO. - Precisamente, lo hago porque me haces amor propio.

IRENE. - Y te faltó pensártelo.

ALFREDO. - O temes que Martíniano sea indiscreto?

IRENE. - Indiscreto si sé que no te entiendo.

ALFREDO. - Pueda que Martíniano sea dueño de algunas confidencias cuya revelación arrastraría muchos trastornos. Aclararía algunos puntos oscuros de nuestra vida que descubriremos si mantuvieran siempre en la oscuridad porque no hemos tenido la nobleza y valentía de confesarlos. Cuántas veces, así sea inconscientemente, deseamos la muerte de una persona que posee un secreto tremendo de nuestro pasado. No te sucede lo mismo con Charles Fournier?

IRENE. - Alfredo, sólo sé decirte que hasta el presente siempre hubo paz y sinceridad en esta casa. Nos debímos uno a otro sin reticencias ni venas susceptibilidades. Ninguna duda, ninguna angustia, ningún resquemor, hasta que vino ese bellaco, como tú mismo lo calificaste. Quién, pues, tiene la culpa?

ALFREDO. - Que no ha habido angustias, dices? Que no ha habido resquemores? Pero, es que tú quieras desfigurar nuestra existencia negando el peso de la cruz que nos aflige...?

IRENE. - Te refieres a Dorita...?

ALFREDO. - No refiero a ella. Yo sé que esa pobre infeliz no ha sido para nosotros motivo de continua� desazón? Quiere negar la terrible punzada del interrogante que continuamente nos acucia...? Porqué nuestra hija ha nacido así? No hemos tenido, acaso, salud para regularla? Cuál es la causa que la pobre niña tenga que sobrellevar una existencia desdichada? Porqué vendrá que arrastrar por el mundo, ante la mirada de los cinicos y de los impudentes, la cara que le legaron sus padres?

IRENE. - Por favor, Alfredo, porqué te revelas así contra la Providencia? Yo sé que ese parásito siempre te ha carbonizado el corazón, te ha torturado el alma, pero sólo por motivos de amor propio. Ayer mismo te advertí tales sentimientos. Trata de ser comprensible, resignado...! Esto es la voluntad de Dios, no un castigo.

ALFREDO. - Que no es un castigo...? que no es un castigo, dices? Ahí está precisamente la llaga que punza en mi conciencia. Yo seré que nosotros mismos hemos atraidos el castigo de Dios sobre nuestro hogar? Yo sere algún pecado oculto que pesa sobre nuestra hija?

IRENE. - ¿Cómo! Un pecado oculto dices...?

ALFREDO. - Sí. He dicho un pecado oculto... Y qué...? Porqué callas?

IRENE. - Porqué, Alfredo, no dices la impresión de un demente.

ALFREDO. - ¡Ja, ja, ja! No un demente, dices?.. precisamente, de labios de un loco se escuchará la verdad.

IRENE. - Pero, qué verdad? Y a quién acusa ese pecado? A tí...? O, como, a mí...?

ALFREDO. - Este secreto lo develará la Virgen.

IRENE. - ¿Qué Virgen?

ALFREDO. - La Virgen de la gruta.

IRENE. - No, Alfredo; qué vas a hacer?

ALFREDO. - Te haré preguntar por la víbora por qué motivo Dorita debe portar ese flagelo.

IRENE. - No, Alfredo; te lo suplico!

ALFREDO. - Porqué no...? Porqué tienes miedo...? No eres, acaso, inocente?

IRENE. - Sabes porqué...? Te lo diré de un modo brutal: Porque has sido el papel de estúpido!

ALFREDO. - ¡Sí, Irene! Así estás..! el papel de estúpido. Es el papel que se me ha asignado. Pero, desde hoy renunciaré definitivamente a ese papel.

IRENE. - Por favor, Alfredo! Todo lo que dices, todo lo que supones, son acusaciones contra mí. Yo entiendo bien. No tienes porqué disimular. Pero, yo me pregunto, porqué recién ahora se te ocurrenten todas estas tonterías...?

No hemos vivido ocho años en absoluta armonía! Esta es razón la primera contrariedad que hemos tenido en nuestro matrimonio.

ALFREDO.- Sí, Irene, ésta ha sido la primera, y también la última. Te lo juro por lo más sagrado. Te lo juro por la Virgen de la Gratal (Se va por ~~derecha~~
~~izquierda~~). Irene queda mirando al lateral, trasuntando toda su pena y dolor. Larga pausa. Luego se sienta en un sillón, apoya el brazo sobre la mesa y se cubre el rostro con la mano. A poco entra Dorita por izquierda, segundo término. Observa a su madre y se acerca a ella)

DORITA.- Porqué lloras, mamá?

IRENE.- Angelito, si no lloro. Sólo que tengo los ojos un poco irritados.

DORITA.- Porque anoche no has dormido.

IRENE.- ¿Qué sabes tú?

DORITA.- Yo también lo esperaba a papá, pero tardaba mucho en venir.

IRENE.- Estuve en el teatro.

DORITA.- Siempre nos lleva a nosotros. Porqué anoche no nos llevó?

IRENE.- Porque es una obra que no deben ver los niños.

DORITA.- Pero los niños también vamos sin ver y escuchamos sin oír.

IRENE.- Pero, qué dices, criatura..?!

DORITA.- Yo no sé si a todos los niños les ocurrirá lo mismo, pero yo escuché cuando los grandes no dicen nada.

IRENE.- Y qué puedes oír?

DORITA.- Lo que piensa... lo que se imaginan... lo que no quieren decir.

IRENE.- Te diré que tienes ocurrencias bastante raras!

DORITA.- Y sabes lo que ahora se te ocurrirá?

IRENE.- Dilo.

DORITA.- Que ustedes están tristes porque tienen una hija renegada.

IRENE.- Dorita, por Dios; qué estás diciendo?

DORITA.- Papá hasta se avergüenza de salir contigo.

IRENE.- Dorita, no digas eso, por favor; no digas eso porque estás cometiendo un pecado. Un pecado horrible. Vén, siéntate aquí. (La hace sentar en un sillón junto a ella) Oye, lo que has dicho nunca jamás lo pienses ni lo vuelvas a repetir porque tú no te das cuenta del mal que haces. Papá y yo te queremos como estás, como eres, porque así te ha hecho Dios. Sin embargo, hemos hecho y harímos todo lo que podamos para que te sanes; para que tus piernitas puedan tener vida. Y corrás y saltas y brinques como las otras niñas, pero no por nosotros sino por tí. Para que seas una niña feliz! (Entra por derecha el Padre Malaquías)

MALAQUIAS.- Buenos y santos días nos dé Dios...

IRENE.- (Poniéndose de pie) Oh, Padre Malaquías!

MALAQUIAS.- Ya que los hombres se han empeñado en empeorarlo. Y Alfredo?

IRENE.- Ya se imaginará dónde fue.

MALAQUIAS.- Sí, a condimentar la olla del diablo. Pero, hoy terminará esto. (Al observar a Dorita) Cómo estás tú, Dorita?

DORITA.- Como siempre, Padre. Sentada y mirando.

MALAQUIAS.- Cuanto menos mires al mundo más a vivir más contenta.

IRENE.- Decía, Padre, que hoy termina esta fábula?

MALAQUIAS.- Será difícil, pero trataremos que el pueblo se desengañe.

IRENE.- Sin embargo, en cierto modo, es una manifestación de religiosidad.

MALAQUIAS.- De qué religiosidad..? De religiosidad de escaparate! Exposición de sensacionalismos. Eso es lo que la gente le agrada: que el cielo dé una función de circo, más, cuando la Iglesia exige oración, penitencia y renunciamientos, se acabó la religiosidad.

DORITA.- De modo que terminarás con las apariciones?

MALAQUIAS.- Si logramos una prueba convincente para desengañar al público, será difícil, y por eso es que hasta me traje un detective.

IRENE.- Un detective?

MALAQUIAS.- Sí, un policía secreta para que indague lo que nosotros no podemos indagar. (Aparece por derecha el detective) Y aquí viene nuestro personaje.

Detective.- Con el permiso de ustedes...

MALAQUIAS.- Adelante. Adelante.

Detective.- Buenos días.

IRENE.- Buenos días.

DIRECTIVE.- Usted es la señora de Alfredo Saldivia?

IRENE.- Efectivamente.

DETECTIVE.- Tanto gusto.

IRENE.- Tambien el mio. (Apretón de manos)

MALAQUIAS.- Y...?

DETECTIVE.- Ya se inicio la última función.

KALAQUIAS.- La ultima?

DETECTIVE.- Se lo aseguro. Tenemos pruebas contundentes. Al público se convencerá de la farsa. La niña será llevada de incógnito al puesto de Blas Nuñez, su tío.

MALAQUIAS.- Blas Nuñez? Le conozco. Lo conozco.

DETECTIVE.- Y para nosotros será un lugar adecuado para culminar nuestras investigaciones.

MALAQUIAS.- Le parece que vayamos ya?

DETECTIVE.- De inmediato. Es preciso tomarlos in fraganti.

MALAQUIAS.- Pues, andando.

DETECTIVE.- Vaya usted que yo ya lo alcance. (El Padre se va por derecha)

IRENE.- Tiene algo que hacer acá?

DETECTIVE.- Sí. Unas preguntas.

IRENE.- Sobre quién?

DETECTIVE.- sobre un tal Martiniano Benzina, alias, Charles Fournier.

IRENE.- Si...?

DETECTIVE.- Se ha inmutado usted. Lo conoce?

IRENE.- Demasiado.

DETECTIVE.- Qué relaciones guarda usted o ustedes con ese sujeto?

IRENE.- Ninguna. Tanto yo como mi esposo fuimos amigos de la infancia. Por eso, al arribar a esta Villa en un "tournée" teatral, vine a visitarnos.

DETECTIVE.- Nada más que a visitarlos?

IRENE.- Nada más. Se lo aseguro.

DETECTIVE.- Qué clase de persona es?

IRENE.- Se lo digo en una palabra?

DETECTIVE.- Una palabra basta.

IRENE.- Charles Fournier es un cretino.

DETECTIVE.- Comprendo. Comprendo. Me ha dicho demasiado. Volverá a esta casa?

IRENE.- No sé. Creo que se va.

DETECTIVE.- Entendido. Quizás nos veamos otra vez, señora. Hasta luego.

IRENE.- Hasta luego, señor. (Se va por derecha)

DORITA.- (Desde su asiento) Qué quiere ese hombre, mamá?

IRENE.- No lo sé, hijita.

DORITA.- Porqué nos están ocurriendo tantas cosas?

IRENE.- Si no ocurre nada, Dorita. Quédate tranquila mi cielo.

(Entra por derecha, con paso lento, Alfredo. Viene como apabullado.)

IRENE.- Alfredo!.. Ya terminó la visión?

ALFREDO.- No terminó. La terminaron. (Media pausa) Como será necesario que entre nosotros termine toda mentira.

IRENE.- Toda mentira...?

ALFREDO.- Sí. Como lo oyes. Como lo sabes. Como estarás enterada.

IRENE.- Enterada de qué...? De las obsesiones arbitrarias que se te han metido en la cabeza por un exceso de amor propio?

ALFREDO.- De amor propio, no. Sino de amor a lo mio; a lo más sagrado que guardo que posee mi persona, y que es el honor.

IRENE.- Tu honor...? Y quién ha ultrajado tu honor?

ALFREDO.- Y me lo preguntas...? He consultado a la Virgen sobre el origen de la lacería que padece nuestra hija, y sabes qué contestó?

IRENE.- Qué contestó?

ALFREDO.- Me contestó que es un castigo.

IRENE.- Un castigo? (Dorita se pone de pie y se acerca a sus padres)

ALFREDO.- Sí. Por (Recalcando) EL PECADO OCULTO.

IRENE.- El pecado oculto... No tengo ningún pecado que ocultar.

ALFREDO.- No tienes nada que ocultar o prefieres que vivamos en la mentira?

IRENE.- Mentira es lo que te han dicho, lo que te han hecho creer, lo que

estúpidamente se te dé por pensar.

ALFREDO.- (Amenazándola) Entonces, quiero que me digas la verdad!

DORITA.- (Interponiéndose) No! No le pegues a mamá!

ALFREDO.- Apártate, tú, tambien, vergüenza del pecado!! (La empuja y hace caer por tierra)

IRENE.- Alfredo! Tú estás loco?! Te has convertido en un monstruo!!

ALFREDO.- Un monstruo, sí! Un monstruo que padece las consecuencias de un pecado oculto! Pero, un día se sabrá! Tu culto será revelado, la mentira descubierta y la noche se convertirá en día! (Entra en la casa)

IRENE.- (Levantando a Dorita) Levántate, Dorita!

DORITA.- Perdóname, manita! Papito no me ha hecho daño... Papito estará muy enfermo!

TELÓN

AUTO TERCIERO.-

(Alfredo se pasea en escena en actitud penosa. La camisa desprendida y la corbata torcida son indicios que los nervios no están muy tranquilos y serenos. Es la tarde del mismo día. Pausa. Irene sale de la casa vestida como para salir. Queda un momento observando a Alfredo en silencio. Luego se le acerca)

IRENE.- Alfredo, es necesario que ceses en tu manía. Te lo has pasado caminando por el patio rumiando tus preocupaciones. No has almorcado, no has dormido la siesta, y eso que anoche regresaste bastante tarde.

ALFREDO.- Te ruego me dejes a solas con mis pensamientos.

IRENE.- Que acabarán por secarte el seso. (Hedrá pausa) Alfredo, quiero pedirte algo...

ALFREDO.- ¿Quéquieres?

IRENE.- Retrocedamos dos días en nuestra existencia y comencemos una vida nueva. Una vida limpia.

ALFREDO.- Una vida limpia? Limpia de qué...?

IRENE.- De obsesiones.

ALFREDO.- De obsesiones que pueden ser verdades.

IRENE.- (Hedrá pausa) Alfredo, tú estás enfermo.

ALFREDO.- Sí? Sin embargo, creo encontrarme bien. Muy bien.

IRENE.- Los acontecimientos te han enfermado los nervios hasta llevarte a cometer locuras. Porqué la trataste así a Dorita?

ALFREDO.- ¿Qué se yo...? Fue un arranque de cólera.

IRENE.- La pobre no había recibido hasta ahora más que caricias y afecto. Te parece que semejante actitud no han podido herir su corazoncito?

ALFREDO.- Quizás haya exagerado la nota; quizás me haya dejado vencer por el impulso; pero, es absolutamente lógico que la amargura embargue mi corazón.

IRENE.- Comprendo que la determinación de la Policía te contrarie enormemente. Sin embargo, las visiones de la gruta fueran realidad, ya la Virgen ha de revelarse de cualquier modo.

ALFREDO.- Sí, pero tiene prohibido bajar a la gruta de los Saldivias. A más, ya he relegado este incidente. Otra idea más importante tiene ocupado mi espíritu.

DORITA.- Sí, sí. La peregrina revelación que te ha hecho. Te lo vuelvo a repetir, Alfredo, esas son respuestas ambiguas que no conducen a nada. Como los adivinjos de los gitanos.

ALFREDO.- Acaso Dante Beltrán, el boticario, creyó lo mismo? Se le iba secando la mano como la resa de un árbol. Interrogó a la Virgen cuál era la causa de tan terrible mal, y la Virgen se lo manifestó. Pesaba sobre él un pecado oculto!

IRENE.- Alfredo, tú vives confundido por los recelos, descargando sobre los demás el peso de tu amor propio. Porqué no te pones tú tambien en la balanza?

ALFREDO.- No tengo por qué exhibirme en el banquillo del reo. Mira mis manos: están limpias!

IRENE.- Con eso me dejas sola ante el tribunal de tus conjeturas. Dudas de mí, me acusas y me condenas.

ALFREDO.- Yo no te condeno.

IRENE.- Sí, que me condenas! Tu reticencia es toda una declaración. Pero, tú presente, Alfredo, que tú me tomaste como yo era sin desconocer esa crisis de veleidades por la que pasé en mi juventud. Sin embargo, también eres testigo que, si bien no me llevaste al altar locamente enamorada, mi vida fue transformada. Rápidamente hasta convertirme en una esposa tan amante como fiel.

ALFREDO.- Piel? Irene, éste es el punto de nuestra vida que tenemos que dilucidar.

IRENE.- Acabemos, Alfredo! No me avengo a recibir impunemente la afrenta de tu sarcasmo. Yo también tengo mi honor y mi amor propio que debes respetar!

ALFREDO.- De modo que ahora yo soy el culpable?

IRENE.- Y si antes de confiar en tu esposa prefieres confiar en un hombre sin conciencia que fue un obstáculo en mi vida, te aseguro, Alfredo, que tendremos que variar la situación.

ALFREDO.- De refieres a Martiniano? Pero, si él no ha dicho nada. Te aseguro que en nada te ha sido infidente.

IRENE.- Basta, Alfredo, basta! Comenzando con un juego trivial hemos llegado a una situación ridícula que amenaza con anular nuestras vidas. Y todo por culpa de quién...? Por culpa de un infante que vino a tomar venganza.

ALFREDO.- A tomarse venganza...?

IRENE.- Sí, a tomarse venganza de la decisión que adopté un día de abandonar a un taranbana para unirme a joven sacerdote. Han pasado los años, sin embargo, su pasión ha ido en crecimiento y ahora ha aprovechado para metérse en nuestro hogar y destruirlo. No te crees?

ALFREDO.- Tendría que pensarlo dos veces.

IRENE.- Entonces, te diré algo para convencerte. Sabes a qué vino Martiniano a este pueblo?

ALFREDO.- Ya me lo has dicho: a destruir nuestro hogar.

IRENE.- Martiniano vino a este pueblo para fugarse con tu esposa!

ALFREDO.- (Rueda pausa) Cómo? Cómo? Cómo?

IRENE.- Tu selecto amigo, equivocándose en las pretensiones y confundiéndose con la muchacha casquivana que conoció en otros tiempos, vino a proponerte que abandonara mi hogar y me fagara con él. (Asombro de Alfredo. Pausa) Te quedas paralizado, verdad? Pues bien, ése es el hombre de tu confianza.

ALFREDO.- Martiniano te ha hecho esa propuesta?

IRENE.- Ayer y hoy.

ALFREDO.- Y qué le has dicho?

IRENE.- Te pedí que no lo dejaras entrar más en esta casa, pero, en lugar de escuchar mis palabras me llenaste de denuncias.

ALFREDO.- Y para qué obligarme a sacar las castañas del horno? Si misma lo hubieras puesto de patitas en la calle. Pero, déjame a mí, que si este cochino bellaco vuelve por casa tendrá que conocer la horca de mis zapatos.

IRENE.- Trátalo a ese villano como se merece, Alfredo. Yo, entre tanto, iré en busca de Dorita. (Sale por derecha)

ALFREDO.- Sí, sí, sí! Si hoy no muero, he de volverme loco. (Se sienta en el sillón. Cavila) Conque Martiniano ha caído demasiado atrevimiento... Proseguiré siendo siempre el descarado Don Juan...? Ah!, pero, si vuelve -y a fe que he de volver-, lo de tratar como se merece! Vaya, si lo trataré mal! (Pausa) Pero, ello no borraría el pecado oculto... La misma Virgen me lo ha dicho. Pero, entonces, de quién es si no es mío?

(Aparece por derecha Martiniano. Parece pronto para marcharse. Trae su sombrero, su portafolios, su piloto) Aquí llega el gradísimo tunante!

MARTINIANO.- Hola, Alfredo! Uniente filósofo! Otra vez cavilando? Qué tal?

ALFREDO.- (Aparentando tranquilidad) Ya de ríojo?

MARTINIANO.- Dentro de un rato. Vengo a despedirme. Y, a la vez, a indagar...

ALFREDO.- La respuesta de la Virgen...?

MARTINIANO.- Efectivamente.

ALFREDO.- Bueno. La respuesta fue aplastante.

MARTINIANO.- Sí? Y qué te manifestó?

ALFREDO.- Que la parálisis de mi hija se debe a un pecado oculto.

MARTINIANO.- Y tú lo crees?

ALFREDO.- Y porqué no? Acaso la Virgen puede engañarme?

MARTINIANO.- Sin embargo, más bien parece una respuesta preparada por tu susceptibilidad.

ALFREDO.- De modo que la pones en tela de juicio?

MARTINIANO.- Qué puedo decirte yo? Ya sabes que no soy muy religioso ni tampoco creo en cosas sobrenaturales. Pero, si tú le das crédito, sahrás a qué atenerte. Realmente, se te crea una situación bastante sciaga. De quién es el pecado...? Dijo...? De tu esposa...? O, acaso, de tus mayores? Si castigo de Dios pesa sobre la tercera y cuarta generación, dice la Biblia. Sólo, entonces, lo has de averiguar!

ALFREDO.- Sin embargo, Martiniano, no es éste el único problema que debo resolver. Hay otro, quizás, más importante.

MARTINIANO.- De qué se trata?

ALFREDO.- De alguien que, pretendiendo ser mi amigo, ha aprovechado de todas estas coyunturas ~~para inyectar la desazón en mi ánimo a la vez que procuraba robarme lo más sagrado.~~

MARTINIANO.- Que procuraba robarle lo más sagrado, dices? Y qué es ello?

ALFREDO.- Mi honor.

MARTINIANO.- Tu honor! Y cómo...?

ALFREDO.- Robándome a mi esposa.

MARTINIANO.- A fe que no te entiendo!

ALFREDO.- Que no me entiendes?

MARTINIANO.- No. De modo que dos tremendos males hicieron tu corazón?

ALFREDO.- Y más me hiere porque el supuesto amigo ha preparado todo con tanta maestría que sería capaz de hacer caer en el aburro al hombre más listo.

MARTINIANO.- Desearía que me aclararas esto, mi querido Alfredo.

ALFREDO.- Y aún me llamas "querido"?

MARTINIANO.- Porqué no? Ya sabes cuánto te aprecio.

ALFREDO.- Acaso no aprecias más a mi mujer?

MARTINIANO.- Alfredo! Qué estás diciendo!

ALFREDO.- Lo que me oyes decir con toda la amargura de alma. Conque tú le has propuesto a Irene que se fugara contigo?

MARTINIANO.- Un momento, un momento, Alfredo! Necesito que me lo repitas.

Que yo he propuesto a Irene que se fugara contigo?

ALFREDO.- Sí, señor. Ayer y hoy.

MARTINIANO.- Así que yo vine a este pueblo con el propósito de hacerle a tu esposa una propuesta tan infame?

ALFREDO.- Los hechos lo atestiguan. Qué me respondes?

MARTINIANO.- Ocio, Alfredo, que has sido víctima de una maquinación infernal. No puedo negarte que mi vida estuvo ligada a tu esposa con los fuertes lazos de una ciega pasión. Ha sido la pasión más fuerte que jamás haya conmovido a mi vida. Tú conoces perfectamente a los extremos que llegué para lograr que fuera mía. Pero, sus padres, por injustos caprichos y convenciones sociales, usaron de todas las estratagemas para arrancarla de mi destino. Pero, ha sido un episodio que ya pasó y quedó relegado a ocho años del presente. Con qué méritos quieras que reclame un corazón que ya pasó de manos y que ha sido infiel a toda clase de juramentos? Cómo quieras que pueda confiar en una mujer que juró ser mía contra todos los obstáculos y no supo vencer el primero? No, Alfredo, no! Me afecta profundamente que eches sobre mi conciencia semejante baldón.

ALFREDO.- Martiniano, no seguirás engañándome? No estarás aprovechándote de tus recursos teatrales para difuscar mi sentido común? Tengo plena confianza en la palabra de mi esposa. A pesar de que tuvo una juventud liviana, supo recapacitar con cordura e inteligencia. Mi ejemplo también influyó en su conducta. La he labrado como un diamante al calor de mi amor sincero y con el buril de mi lealtad intachable. Además, la religión completó mi trabajo. Es una mujer piadosa dedicada a los quehaceres de la Iglesia.

MARTINIANO.- (Media pausa) Alfredo, me apena mucho tener que enmendar tu opinión. Pero, ya que me acusas impunemente; ya que vuelcas sobre mi pucherón carradas de groserías, no tengo otro recurso que hacerte ver la realidad.

ALFREDO.- ¿Qué realidad? ¿Quéquieres decirme...?

MARTINIANO.- Que te puedo plantear dos disyuntivas. En primer lugar, no podría ser al revés la acusación?

ALFREDO.- Al revés?

MARTINIANO.- Sí. Que en lugar de ser yo quien propusiera esa fuga, no fuera tu mujer?

ALFREDO.- Tú estás loco? Irene jamás cometería tamaña estupidez.

MARTINIANO.- Tienes razón, Alfredo. Irene no me ha propuesto empresa tan alcada, como tampoco yo se la he propuesto a ella. Pero, ahora viene el otro término de la disyuntiva. Por venture, tu esposa no ha tratado de desacreditarme ante tí?

ALFREDO.- Con qué objeto?

MARTINIANO.- Dime la verdad, Alfredo, sin ninguna clase de retaces. Irene te ha pedido que no me recibieras; que me echaras de tu casa. No es así?

ALFREDO.- Sí. Así es.

MARTINIANO.- Ya me lo suponía. Imaginé que se urdiría contra mí cualquier clase de infundio. Hoy me dijiste que yo he tratado de usar con premeditación todas las circunstancias que se me presentaron: Tu desazón por la parálisis de tu hijita; la obra teatral que podía darte una pauta para resolver el enigma; pero, sobre todo, la revelación de la Virgen, si es la Virgen la que baja a tu estancia. Y, sí, señor; las he aprovechado. Y sabes para qué las he aprovechado?

ALFREDO.- Para qué?

MARTINIANO.- Para reclamar lo que es mío.

ALFREDO.- Y qué es lo que reclamas?

MARTINIANO.- A mi hija. Dorita es mi hija.

ALFREDO.- (Estupefacción)(Pausa) Cómo!? Qué dices, Martiniano?!

MARTINIANO.- Te lo repito: Dorita es hija mía.

ALFREDO.- Martiniano, por favor, no juegues con los sentimientos ni con las palabras que en un momento puedo olvidarme que soy tu amigo, y aún que soy hombre, y convertirme en una fiera para castigar tu alevosía.

MARTINIANO.- Te lo advertí, Alfredo, te lo advertí. Tus palabras fueron las que hicieron brotar las mías. Yo me hubiera ido resignado con mi mala suerte al negarse mis derechos sobre Dorita. Tu esposa quedó espantada al escuchar mi reclamo. Claro! Se hubiera develado un tremendo secreto. No hubiera sido necesario recurrir a la Virgen. Y, además, cómo decírtelo! Hubiera sido algo criminal! Esperé que la Virgen te revelara todo el secreto, pero no fue bastante clara su respuesta. Quizás, también lo hizo por commiseración. De modo que resolví retirarme como vine: todo quedaría como en un principio. Sin embargo, no pude soportar esa mano de blanca que has baldonado mi persona. Tú tienes la culpa. Tus servicios te traicionaron.

ALFREDO.- No, no te creo, Martiniano, no te creo. Cómo piensas que pueda aceptar impunemente semejante declaración? Conociéndote como te conozco, no puedo dar crédito a tus palabras sin pruebas fehacientes. Me has oido, Martiniano, me has oido?.. No eres más que un vil impostor! Un canalla!!

MARTINIANO.- Que no tengo pruebas, dices? Quizás, te baste leer esta carta. Toma. Léela. (Se la alcanza)

ALFREDO.- (Aturullado. Mirando la carta) Esta carta...?

MARTINIANO.- No te dejes vencer por la cobardía. Lée esa carta, por favor. (Alfredo la desdobra lentamente, con temor, casi temblando. Al principio la lee como distraído, luego, con suma atención y avidez)

MARTINIANO.- Qué dice la carta?

ALFREDO.- (Aullastado. Derrumbado. Duego de una pausa, con voz velada) Todo! Creo que lo dice todo!

MARTINIANO.- Está documentado!

ALFREDO.- (Pausa. Como alejado se deja caer en el sillón. Se abre el rostro con las manos. Así un momento hasta estallar)(De pie) Miserables!! No son más que unos miserables!!

MARTINIANO.- Perdóname, Alfredo, pero la culpa la tienes tú. Insististe tanto en tu afrenta que me vi en la obligación de poner las cosas en claro. Ahora no es necesario que recurres a la Virgen para poner término a tus obsesiones.

ALFREDO.- (Con sarcasmo) Y no podía ser de otra manera. De tal padre, tal hija. Ahora comprendo la razón de su tara. No podía ser de otra manera!

MARTINIANO.- (Media pausa) Nunca te confesó Irene que estuve con ella la noche de tu boda?

ALFREDO.- La noche de mi boda...?! Y no encontraste momento más propicio para inferirmel tal afrenta? Eres un canalla! Me entiendes? Un canalla!!

MARTINIANO.- Comprendo tu odio, Alfredo. Y aún te he de pedir más. Te ruego que me odies hasta la muerte para de alguna manera pagar un crimen del que estoy tan arrepentido!

ALFREDO.- Arrepentido? No mientes! En tu corazón pervertido no hay lugar para el arrepentimiento... Canalla! (Pausa. Procurando recobrarse) Pero, no ha de ser en tí en quien he de saciar mi rabia. Los golpes de mi furia los he de asentar sobre la única culpable.

MARTINIANO.- Sé razonable, Alfredo. No continúes un drama que hace rato tuvo fin. Te ruego recapacites humanamente y que no cometas una injusticia.

ALFREDO.- Déjame de una vez! Yo sé como proceder!

MARTINIANO.- Sí, me voy.

ALFREDO.- Que te vás?

MARTINIANO.- Ya te lo dije, Alfredo. Mi papel ha terminado.

ALFREDO.- No te iré así. Antes brindaremos juntos.

MARTINIANO.- Brindaremos...? Estás loco?

ALFREDO.- Sí! Brindaremos por mi liberación.

MARTINIANO.- No te entiendo.

ALFREDO.- Sí; lumbró el sol bajo el nublado, y mis dudas tuvieron respuesta. Brindaremos por el éxito obtenido. Espera un momento. No te vayas. (Entra en la casa)

MARTINIANO.- Jé! Brindaremos por mi venganza satisfecha.

(Entra por derecha Blas Nuñez)

BLAS.- Permiso. Buenas tardes.

MARTINIANO.- Oh, Blas Nuñez, alias, Cruz Belmonte! Buenas tardes.

BLAS.- No estaré al patrón?

MARTINIANO.- Ya viene en un instante.

BLAS.- Lo esperaremos. (Media pausa. Observándolo) Al parecer está de viaje

MARTINIANO.- No. Todavía no.

BLAS.- No se irá en el tren de las siete?

MARTINIANO.- Esta noche todavía actuamos. Quizás salga mañana a las once. Tiene miedo que no le pague?

BLAS.- Eso me está pareciendo. Me debe todavía diez mil pesos. Acuérdese de Bianchetti y ándese con cuidado.

MARTINIANO.- Ya te dije que sé cuidar la palabra y el pellejo.

BLAS.- Entonces, porqué no me paga?

MARTINIANO.- Mañana a las nueve, en el hotel. Ahora no traje dinero.

BLAS.- (Media pausa) Me parece que me está mintiendo.

MARTINIANO.- Bueno. Para que no le parezca, vaya esta noche al teatro y me veré sobre el escenario.

BLAS.- Fiera cuidado que le he de seguir los pasos, señor. Y ahora yo pregunto, si no es indiscreción, -y creo que no porque yo tambien tengo mi parte en esta comedia- qué objeto tenía esa revelación?

MARTINIANO.- Se refiere a la farsa de la Virgen. Pues, nada. Sólo quitarle a Alfredo Saldivia unas ideas raras que tiene metidas en la cabeza.

BLAS.- Pues, por tan poca cosa me parece que gasta mucha plata. Aquí hay gatos encerrados y me gustaría que los suelte. (Con tono amenazante) Le exijo que me diga de qué se trata.

MARTINIANO.- Se vé que es un criollo ladino, Don Blas Nuñez.

BLAS.- Si me han hecho así yo no tengo la culpa. Hay que aguantarme.

MARTINIANO.- Entonces, para qué le voy a mentir? Se trata de una venganza.

BLAS.- De una venganza?

MARTINIANO.- En una oportunidad, hace ocho años, Alfredo Saldivia me jugó muy sucio. El percance me hirió el corazón. Sin embargo, supe esperar el

momento oportuno para devolverle la pelotita.

BLAS.- Ajá! Y yo hice de paletilla?

MARTINIANO.- Gracias a usted pude cumplir mi plán.

BLAS.- Sin embargo, si recuerda, yo puse una condición: que no resultara ningún mal para Don Alfredo. De modo que si el patrón llegara sufrir algún daño le juro que todo esto vá a quedar bien limpio.

MARTINIANO.- Pierda cuidado! Se encuentra más feliz que usted.

(Alfredo sale de la casa con una botella de whisky y dos vasos que deja sobre la mesa para servir)

ALFREDO.- Brindaremos, Martiniano, brindaremos!

MARTINIANO.- Ya que tanto insistes...

BLAS.- Buenas tardes, patrón.

ALFREDO.- Oh, Don Blas! Quiere beber una copa?

BLAS.- Gracias, no gusto. Antes bebía mucho, ahora apenas si pruebo el agua.

ALFREDO.- (Ofreciéndole a Martiniano) Sirvete, Martiniano. Salud. Porqué brindaremos?

MARTINIANO.- Ah, no sé! Como tampoco sé para qué bebes.

ALFREDO.- Para calmar mis nervios destrozados; para aquietar mi espíritu trastornado; para levantar mi ánimo abatido.

MARTINIANO.- Entonces, brindaremos por tu recuperación.

ALFREDO.- MÁS bien, brindaremos por mi libertad. Salud.

MARTINIANO.- Salud. (Beben)

ALFREDO.- Oye, Martiniano, si quieres recoger la escoria de mi hogar la puedes llevar contigo. Hoy la expulso de mi casa. Otra copa?

MARTINIANO.- Otra y nada más. (Alfredo sirve)

ALFREDO.- Salud!

MARTINIANO.- Salud! (Luego de beber) Alfredo, pótate como hombre. Tu historia no es la única en el mundo. Fíjate, a más de uno de esos que nos miran les está ocurriendo lo mismo; sin embargo, no se desesperan.

ALFREDO.- Quédate tranquilo. Mi plán será bien consumado. Otra copa?

MARTINIANO.- Gracias. (Dejando la copa sobre la mesa) Me voy. No puedo esperar más. Alfredo Saldivia, nos separamos no sé si como amigos o como enemigos... para siempre.

ALFREDO.- (Con un dejo de tremenda amargura) MÁS bien te proclamo "vencedor". "Mitorna, vincitor"!

MARTINIANO.- VENCEDOR?

ALFREDO.- Te irás con lo que buscabas.

MARTINIANO.- Alfredo, no me escupas tu cinismo que me puedes envenenar.

Adiós! (Alfredo no le contesta. Martiniano sale por derecha. Blas Núñez intenta salir tras él)

ALFREDO.- Blas Núñez, dónde vá?

BLAS.- Tengo una cuenta con ese mozo. No sea que se me escape.

ALFREDO.- Luego lo encontrará en el hotel. A qué venía?

BLAS.- Para que interceda por Nora.

ALFREDO.- Qué le ocurre?

BLAS.- La llevaron a la comisaría. Quién sabe qué van a hacer con la muchacha.

ALFREDO.- Y digame la verdad, Blas Núñez, usted que ha andado en todo esto, debemos creer o fue pura ficción?

BLAS.- Qué cosa?

ALFREDO.- Me refiero a las apariciones de la Virgen...

BLAS.- Me extraña, patrón..!

ALFREDO.- Sí, sí. No es posible dudar de lo que más he creído. Pero, ahora qué me importa! Maldito de mí! (Arroja el vaso contra el suelo, cae en el sillón y suelta el llanto. Asombro de Blas Núñez)

BLAS.- Qué le pasa, Don Alfredo, qué le pasa?

ALFREDO.- Me han destrozado el corazón y ahora no sé como vivir.

BLAS.- Alguna desgracia?

ALFREDO.- Más que desgracia: Se ha arruinado mi vida!

BLAS.- Y porqué tán mala suerte?

ALFREDO.- Se ha develado un tremendo secreto: Dorita no es hija mía.

BLAS.- Que Dorita no es hija suya..? Y quién se lo ha dicho?

ALFREDO.- La Virgen me lo insinuó y Martiniano Benzina, luego, me dió las pruebas. Dorita es hija suya.

BLAS.- Ajá! Eso le ha dicho?... Padino caimán! Me ha jugado una mala partida el guasón! Permiso.. Ya vuelvo, Don Alfredo.

ALFREDO.- Pero, dónde vás?

BLAS.- Tengo que arreglar unas cuentitas. Pienso liquidarlas si puedo. Le reconiendo a Nora, patrón. Interésese por ella. (Sale por derecha)

ALFREDO.- Y por mí quién se interesa? Quién puede regalarme siquiera un poco de compasión?

(Intran por derecha Irene y Dorita)

IRENE.- Mira, Dorita, tu papá te está esperando.

DORITA.- Ya estamos de vuelta, papuchito.

(Alfredo adopta al instante una actitud irónicamente solemne. Cruza los brazos y mira fijamente a Irene)

IRENE.- Verdad que vienes contenta?

DORITA.- Sí! Me he divertido mucho en el colegio.

IRENE.- (Reparando en el gesto de Alfredo) Oh! Porqué me miras de ese modo, Alfredo?

ALFREDO.- Quiero examinar en tu rostro la máscara de la falsedad.

IRENE.- (Sorprendida) Pero, qué dices...?

ALFREDO.- Una mujer tiene que ser demasiado ruin para ocultar un crimen durante años bajo un semblante de pureza angelical.

IRENE.- Vuelves, Alfredo, nuevamente a tus manías?

ALFREDO.- No; no son manías, no son recelos, no son estúpidas ficciones las que taladrán a mi corazón. Es la verdad diáfana como el sol la que obra en mi poder. Porqué me has engañado tan cruelmente?

IRENE.- Que yo te he engañado...?

ALFREDO.- No me sigas mintiendo si no quieres que te abofetée! Quieres una prueba de tu perjurio...? (Mostrándole la carta) Mira! Aquí la tienes!

IRENE.- (Sobreponiéndose) Conque Martiniano ha hablado contigo...?

ALFREDO.- Conoces la carta?

IRENE.- Conozco esa carta como conozco el mal que Martiniano me ha hecho y continuará haciéndome. Esa carta fue fraguada antes de nuestro casamiento, cuando aún existía aquel idílico infame. Me obligó a firmarla para extorsionar a mis padres; pero, no pudo hacer uso de ella ya que la policía se largó trás él. Y ahora el canalla la aprovecha para vengarse.. Para destruir el hogar que él envidia. Y te ha engañado tontamente.

ALFREDO.- (Frenético) Basta! Basta, por favor!! Todas tus palabras son mentiras; no he de creerte ni cuando cierres los ojos para morir! Y ahora bajemos el telón sobre nuestro drama. (Indicándole por derecha) Fuera de aquí

IRENE.- (Fresa del estupor) Qué dices...?

ALFREDO.- Fuera de mi casa!!

DORITA.- (Acongojada) Pero, papá...!

ALFREDO.- Yo no soy tu padre! Tu padre vá a proseguir su "tournée" de villanías. Váyanse trás él! Afuera de acá, he dicho!

IRENE.- Alfredo, cargas tu vida con un crimen que pido a Dios no te haga cargo. Pero yo, Alfredo, yo te enjuicio ante la Virgen de la gruta! Quiera la Virgen hacerte ver la injusticia que cometes!

ALFREDO.- Vete de una vez!!

(Irene y Dorita se van por derecha, pero antes de salir se vuelve Dorita y dice)

DORITA.- Papuchito, no te olvides nunca de tu hijita!

ALFREDO.- (Rabioso) Vete tú, también !! (Sale Dorita. Pausa. Alfredo trata de reponerse.) Y ahora quedo solo...! Nuevamente solo! Solo con mi dolor!

(Bebe. Pausa) (Entra el Padre Malaquias por derecha)

MALAQUIAS.- Buenas tardes, Don Alfredo. Permiso.

ALFREDO.- (De mala gana) Adelante.

MALAQUIAS.- Cómo está usted?

ALFREDO.- Así, así...

MALAQUIAS.- Quiere decir, entonces, que está mal. Y, en verdad, que lo encuentro muy decaido.

ALFREDO.- Y usted cree que no hay motivos?

MALAQUIAS.- Bueno... Por eso vine, precisamente. Para sincerarme ante usted.

Debemos poner en limpio muchas cosas. Sé que usted estaba sumamente comprometido en el caso de las apariciones de la Virgen. Y es lógico que fuera así. Tenían lugar, nada menos, que en la gruta de su estancia. ¿Qué decir si todo esto hubiera sido una hermosa realidad? Cuánta honra para usted, para mí y para Villa Saldívar! Pero, para explicarme mi actitud le diré que, desde un principio, para mí no tenía ningún vicio de veracidad. Porqué...? En qué argumentos me apoyaba...? Qué razones motivaron mis dudas...? Le diré que siempre es difícil enjuiciar un hecho sobrenatural.. Dios distribuye sus dones conforme su Providencia y muchas veces la persona más humilde resulta ser la agraciada. De modo que hay que proceder por vía de intución. Y así yo procedí en este caso. No me convencían los hechos; no me convencían las actitudes; me resultaba forzado el creer. Consulté al Obispo y me contestó que actuara con suma prudencia. Y así lo hice. Y para ser más imparcial encomendé la investigación a la policía. Un detective amigo mío...

ALFREDO.- Un momento, Padre! No se esfuerce en aclarar un hecho que para mí ha perdido toda importancia.

MALAQUIAS.- Que ha perdido toda importancia...? De modo que usted...?

ALFREDO.- Sí! No me interesa la Virgen de la gruta. Porque si usted perdió la fe en la Virgen de la gruta, yo he perdido la fe en todo. Me oye? En todo!... Ya no creo ni en el rostro de la inocencia, ni en el semblante la fidelidad, ni en los labios que rezan, ni en los ojos que lloran, ni en las promesas de los hombres, ni en la justicia de Dios!

MALAQUIAS.- Por favor, Don Alfredo! Qué motivos lo han llevado a este sacrilegio!?

ALFREDO.- (Con amargura) La infidelidad de mi esposa.

MALAQUIAS.- Me está hablando de la señora Irene...?

ALFREDO.- Sí, Padre! De la religiosa, de la beata, de la piadosa. Vé usted, Padre, cómo a veces el demonio se viste de santo?

MALAQUIAS.- Vaya, qué usted me deja estupefacto! Pero, de qué la acusa! Qué pruebas tiene contra ella? Qué malandrín la ha acusado de algún pecado? (Entra el Sargento por derecha conduciendo a Nora)

SARGENTO.- Permiso. Buenas tardes. Aquí traigo a Nora, la vidente.

ALFREDO.- Para qué traen aquí a esa muchacha?

MALAQUIAS.- Para que confirme mis palabras. Un detective realizó minuciosas investigaciones, y llegó a la conclusión que tales visiones no existían. Todo era un "bleuf" organizado por la familia Nuñez y apoyado por centros espiritistas de Buenos Aires y del Brasil. (A la niña) Adelante, Nora; no tengas miedo. Tú no eres la culpable, de modo que nadie te hará daño. Dile al señor Alfredo, has visto o no a la Virgen?

NORA.- (Pausa. Con temor y vergüenza) No. Yo no vi nunca nada.

ALFREDO.- Entonces, porqué lo has hecho!?

NORA.- (Con más vergüenza) Porque la abuela me obligaba.... Y papá y los tíos. Yo recibía muchos regalos...

ALFREDO.- Si no veías nada, quién te dictaba las respuestas?

NORA.- A veces papá, a veces la abuela, a veces los tíos...

ALFREDO.- Y cómo supieron de la muerte de aquella anciana?

NORA.- Por un telegrama detenido en el correo. Silverio, el telegrafista, que es ahijado de papá se lo dijo a la abuela. Después ellos arreglaron todo...

ALFREDO.- Y lo de Dante Beltrán...? Quién sabía algo de Dante Beltrán?

NORA.- Mi tío Jacinto fue empleado del boticario. Y él le conocía todas las trampas. El le hizo consultar a la Virgen.

ALFREDO.- Dime, Nora, dime... Esta mañana se te hizo consultar acerca de Dorita...

NORA.- Sí..

ALFREDO.- ...Que le preguntaras a la Virgen porqué ha nacido paralítica.

NORA.- Sí..sí...

ALFREDO.- Y qué respondiste?

NORA.- Que pesaba sobre ella un pecado oculto de sus padres.

ALFREDO.- Esa fue la respuesta de la Virgen?

NORA.- Qué va a ser la Virgen si yo nunca la vi...!

ALFREDO.- Entonces...?

MORA.- La respuesta me la enseñó el tío Blas. Un señor le regaló veinte mil pesos para que yo le dijera esa mentira. (Llora amargamente)

ALFREDO.- Ah!.. Conque ese infame urdió una mentira semejante..?! Pero, y la carta...? Qué explicación tiene esta carta?

(Entra por derecha el Detective)

DETECTIVE.- Buenas tardes.

MALAQUIAS.- Oh, mi amigo! Qué a tiempo que llega usted!

DETECTIVE.- Don Alfredo Saldivia, usted qué ha hecho?

ALFREDO.- Cómo qué he hecho..?

DETECTIVE.- Porqué le infirió a su esposa tal afronta?

ALFREDO.- Porque ella antes me afrontó a mí. Ha jugado con mi pudençor!

DETECTIVE.- Dónde está la prueba?

ALFREDO.- En esta carta. En esta carta firmada por su puño y letra.

DETECTIVE.- Quiere usted acompañarme al hospital?

ALFREDO.- Al hospital..? Y para qué?

DETECTIVE.- Allí, sobre una camilla, hace su amigo, Martiniano Benízine, traficante de drogas y urdidor de muchas intrigas, en cuyo seguimiento andaba la policía.

ALFREDO.- Y qué le ocurre?

DETECTIVE.- Tiene una puñalada mortal en el bajo vientre. Fue obra de un tal Blas Núñez que así se cobró por un trabajo que Benízine no quería pagarle. Charles Fournier dice que no quiere irse al otro mundo con una mentira a cuesta. Por eso quiere declararle que la carta ha sido fraude maliciosamente. Que se fije en la fecha alterada para convencerse. Irene es limpia y pura como la luz del sol. Ruega que lo perdone.

ALFREDO.- Y ahora me declara ese el canalla..?! Ahora!! Cuando todo lo he perdido, cuando destrozé a mi hogar, cuando deshonré a mi esposa ..??

Ahora!!

(Entra Irene corriendo por derecha, presa de radiante alegría, y se abraza a Alfredo)

IRENE.- Alfredo! Alfredo de mi alma!

ALFREDO.- Irene! Gracias a Dios que hayas vuelto!

IRENE.- Alfredo! Tú tenías razón!

ALFREDO.- Que yo tenía razón..?! Y de qué tenía razón?

IRENE.- He sido muy injusta contigo!

ALFREDO.- Y porqué has sido injusta? Qué has hecho?

IRENE.- Era la Virgen..! La Virgen ha bajado a la gruta de tu estancia, Alfredo!

ALFREDO.- Y porqué lo dices?

IRENE.- Porque la Virgen me escuchó. Le pedí a la Virgen de la gruta que escuchara mi clamor; que reinvindicara mi inocencia; que curara a Dorita... Se lo pedí con tantas lágrimas..; le supliqué con tantas fuerzas..! Y la Virgen me escuchó! Mira..! Mira..! (Indicando hacia el fondo del teatro) Nuestra hija se ha curado!!

(Por el medio de la platea entra Dorita, corriendo hacia el escenario)

DORITA.- Papito..! Papuchol!! Estoy curada! Estoy curada!

(Sube al escenario donde su padre la espera con los brazos abiertos)

ALFREDO.- Dorita!

DORITA.- Papuchi!

MALAQUIAS.- (En el colmo del estupor) Cómo, cómo..! Un milagro de la Virgen..!

DORITA.- (Abrazándose a su padre) Papito de mi alma!!

ALFREDO.- Dorita de mi corazón!!

TELON

FIN